

HEREDIA Y HEREDIA, JOSÉ MARÍA DE (1803-1839)

ANTOLOGÍA POÉTICA

ÍNDICE:

SONETO

A mi esposa

A LA MUERTE

De mi amigo y discípulo D. José María de Heredia

SÁFICOS

A la prenda de la fidelidad

LOS RECELOS

A mi esposa en sus días

A LA HERMOSURA

Oda

A LA ESTRELLA DE VENUS

Oda

A MI AMANTE

Oda

LA RESOLUCIÓN

Oda

AUSENCIA Y RECUERDOS

Oda

LA INCONSTANCIA

Oda

A D. Domingo del Monte

LA CIFRA

Romance

A LOLA EN SUS DÍAS

Oda

LA PARTIDA
Cantata

RECUERDO
Soneto

PARA GRABARSE EN UN ÁRBOL
Soneto

LA MELANCOLÍA
Letrilla

EL AY DE MÍ
Letrilla

AL SALTO DE NIÁGARA
Oda

EN UNA TEMPESTAD
Oda al huracán

HIMNO AL SOL
Escrito en el océano

ODA AL COMETA DE 1825
Que el autor supone ser el mismo que apareció en 1811

ODA A LA NOCHE

CALMA EN EL MAR
Letrilla

AL SOL
Oda

EL ARCO IRIS

COMPOSICIÓN POÉTICA
Al recibir el retrato de su madre

LA CAÍDA DE LAS HOJAS
Romance

SOBRE LA POESÍA

Oda
¡Alma del universo, Poesía!

FRAGMENTO

De un poemita sobre los progresos de las ciencias

A MI PADRE EN SUS DÍAS

Romance

A MI PADRE

Encanecido en la fuerza de su edad

CARÁCTER DE MI PADRE

Integer vitæ, scelerisque purus (Horat.)

RENUNCIANDO A LA POESÍA

Soneto

A ROMA ANTIGUA

Soneto

A LOS GRIEGOS EN 1821

Oda

A SILA

A WASHINGTON

Oda escrita en Montverman

A NAPOLEÓN

Oda

SONETO A NAPOLEÓN

MEDITACIÓN MATUTINA

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO

Epitafio

LOS RECUERDOS

Letrilla

LA FLOR

A ELPINO

Oda

EN MI CUMPLEAÑOS

Oda

LA LÁGRIMA DE PIEDAD

Letrilla

LOS SEPULCROS

Dedicado a Don Manuel Robuelo

EN EL TEOCALI DE CHOLULA

Meditación

LA INMORTALIDAD

Poema

(Non omnis moriar. Horacio .)

SONETO

A la inmortalidad

LA CONTEMPLACIÓN

Oda seria

A LA RELIGIÓN

Oda

CONTRA LOS IMPÍOS

Oda

FRAGMENTOS IMPRESOS

De un poema sobre la melancolía

SONETO A MI ESPOSA

Cuando en mis venas férvidas ardía
la fiera juventud, en mis canciones
el tormentoso afán de las pasiones
con dolorosas lágrimas vertía.

Hoy a ti las dedico, esposa mía,
cuando el amor más libre de ilusiones
inflama nuestros puros corazones
y sereno y de paz nos hice el día.

Así perdido en turbulentos mares
mísero navegante al cielo implora,
cuando le aqueja la tormenta grave;

y del naufragio libre, en los altares
consagra fiel a la deidad que adora
las húmedas reliquias de su nave.

A LA MUERTE

De mi amigo y discípulo D. José María de Heredia

I

¡Se cumplió su misión sobre la tierra!
la tierra oyó su apasionado canto:
la tierra vio su inextinguible llanto:
la tierra compartió su padecer.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Triple corona
del Poeta a la frente destinada,
de espinas agudísimas armada
para clavarse en su doliente sien.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Triple contraste
que el vate explica en su armonioso acento,
sublime trinidad del sentimiento,
triple fuente de eterna inspiración.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Esta es la vida:
esta fue su misión. Cantó a natura,
al amor, y la patria, y la hermosura,
y la santa virtud, y la razón.

Lloró del hombre los errores tristes,
el frívolo anhelar, el egoísmo,
el desconsolador escepticismo y,
la horrenda duda y la incredulidad.

Sufrió el peso fatal de la injusticia,
la vil calumnia envenenó su vida,
y su excelsa virtud fue combatida
por la torpe ignorancia y la maldad.

Y gimiendo en los bosques de la patria,

sublime ruiseñor del nuevo mundo,
a su acento fatídico y profundo
el eco de la patria respondió.

Y cantando en su plácida agonía,
cubano cisne en la suprema hora,
de virtud y saber la nueva aurora
que despunta ahora en Cuba, saludó.

Y cantando y gimiendo, entre raudales
de armonía, de amor y de ternura,
encendido Querube, su alma pura
batió las alas y voló al Señor.

Y Anahuac quedo huérfano. Y su patria,
la tierra de los perfumes y nieves
de verdes palmas circundó y laureles,
en vez de sauces, su final mansión.

Sublime Heredia, tú escuchas
desde tu inmortal asiento
el dolorido lamento
de tu amigo en la niñez;
del amigo que te viera
en la orilla de la Ozama
nutrir la divina llama
que al fin devoró tu ser.

Aún me acuerdo. Un doble lustro
por ti pasado no había:
aún llegado no era el día
de la razón para ti;
y anticipándose el genio
al estudio y la experiencia,
tu asombrosa inteligencia
revelaba al porvenir.

Yo, casi adulto, al oírte
copiar, casi niño, a Homero,
creí ver el choque fiero
de Aquiles y Agamenón;
y frente a las griegas naves
y de Príamo a los gemidos

entre llamas y alaridos
hundirse la sacra Ilión;
y, cabe el derruido muro
alzado el caballo inmenso
griegos, lanzas y humo denso
de sus flancos vomitar;
y los dioses del Olimpo
luchar en la arena ardiente
y, al mover su adusta frente
el alto Jove, temblar.

Vierais al niño estupendo,
cielo y tierra recorriendo,
tierra y cielo describir:
vierais su infantil semblante
alumbrarse de repente
y en su ancha y morena frente
los negros ojos lucir.

¡El genio! ¡El genio! Miradlo.
¡Cómo la ciencia adivina!
No hay maestro; no hay doctrina.
El genio es la inspiración.
El genio abrevió su vida;
que el genio es la calentura
que la fibra humana apura
cuando alumbra a la razón.

II

Tú cantaste la espléndida carrera
del Sol de nuestros climas que, encerrado
en la zona flamígera, vertiera
sobre el centro del orbe iluminado.

Sus prolíficos rayos. Tras la huella
del padre de la luz, tu viste alzarse
la verde copa de la palma bella
y de su centro esférico lanzarse

la flecha derechísima, cual sube
de Roma en las basílicas sagradas
el majestuoso domo hasta la nube
con su aguja o sus cruces bronceadas.

Tú cantaste, el primero, la natura
de la tórrida zona, el fresco ambiente
bajo un cielo de fuego, la verdura
esmaltada, eternal, resplandeciente.

De la reina gentil de las Antillas,
sus piñas, sus aromas orientales
y el néctar de sus cañas amarillas
convertido en melíferos cristales.

¡Y el mundo de Colón no fue un desierto!
Tuvo el bosque su voz, la suya el llano,
su murmullo el arroyo, y su concierto
el pardo ruiseñor americano.

Y la flor reveló su gallardía
y el mar caribe su onda mugidora,
y los cedros su bíblica osadía,
y el huracán su voz atronadora.

Y entre espumas, fragor, diluvio y trueno,
del Niágara rugiente en la ancha boca
te vio el mundo, de asombro y susto lleno,
tu arpa triste pulsar en la alta roca.

Y el orbe de Colón la voz alzando
es mi poeta, dijo. Y la alta idea
del nuevo el mundo antiguo confirmando
Es poeta, dijera: ¡Pinta y crea!

III

Bello es pintar, a fe: crear es bello:
bello es trazar con la flexible pluma
la luz variable y vaga de la aurora,
del astro fúlgido el primer destello
el rayo que se escapa entre la bruma
y la alta cresta que ese rayo dora.

Bello es pintar del verde papagayo
las alas de carmín y el pecho de oro,
el tornasol del colibrí zumbante,
el jazmín del café brotando en mayo
y el ruiseñor que, en el volátil coro,
Vibra atiplado su tenor triunfante.

Bello es crear en Corina
la lira que canta a Italia
y, so la tosca sandalia
de penitente heroína
la ardiente vestal de Idalia.

Bello es, cuando no se encierra
solo en lo real del suelo,
del genio el fecundo vuelo.
Bello es crear en la tierra
las ilusiones del cielo.

¡Tú pintaste y creaste! -Su paleta
Natura te confió, su antorcha el genio.
Es pintor, cuando crea, el gran poeta:
es creador, cuando pinta, el grande ingenio.

¡Mas ay! cuando de ese mundo,
que crió tu genio profundo,
descendiste al cieno inmundo
del mundo cierto y real:
cuando viste la alta ciencia,
doblada por la indigencia,
pedir socorro y clemencia
a la ignorancia brutal:
cuando las virtudes gimen:
cuando los malos oprimen,
cuando en su antro ruge el crimen
erguido, amenazador:
entonces tu musa llora,
y al Ser infinito implora,
y de tu arpa gemidora
se alza el himno del dolor.

Himno fatídico y santo
dulce y cadencioso llanto,
solemne y lúgubre canto,
visión de la eternidad.

Himno que, en el bajo suelo
sublime intuición del cielo,
de esperanza y fe el consuelo
derrama en la humanidad.

Cantor del moderno mundo

y del Niágara iracundo,
te convertiste en profundo
poeta del corazón.

Pintor del bosque y las flores,
y la luz y los colores,
de los humanos dolores
descendiste a la región.

Y allí, en el caos sombrío
de la mente del impío,
tú viste su orgullo frío,
su soledad y pavor.

Y viste allí en la inocencia
la dicha de la existencia,
y del malo en la conciencia
los tormentos y el terror.

Y allí entre bienes y males,
revelaste a los mortales
los destinos eternos
que aguardándoles están.

Y, al darte el adiós postrero,
te proclamó el mundo entero
cual vate, rival de Homero;
cual bardo, rival de Ossian.

IV

Poeta encantador, bardo sombrío,
ora en la gloria, do te alzó tu fe,
tu morada inmortal del pecho mío
el velo rasga y ve cuánto te amé.

¡Sí, yo te amé! -Del impetuoso Ozama
en la azotada orilla, un tiempo honor
de la aurífera Haití, tu infantil llama
a mi alma nueva transmitió su ardor.

¡Sí, yo te amé! -Del infortunio el viento
al soplar rebramando sobre ti,
a tu oído llegó mi amigo acento
y tu penar inmenso compartí.

¡Sí, yo te amé! -Tus cantos inmortales

fueron siempre mi encanto y mi solaz,
luz de amor en la noche de mis males
voz de amigo en mi larga soledad.

¡Adiós, adiós!... Tu cuerpo está en la tierra
Tu alma inmortal en el empíreo esté:
aquí una piedra tu sepulcro cierra,
allí te abre su gloria Jehová.

¡Cantar, gemir, sufrir! -Esta es la vida.
Sufrir es la virtud. La eterna luz
al que sabe sufrir está ofrecida.
¿Quién al hombre salvó? - Solo la cruz.

SÁFICOS

A la prenda de la fidelidad
Dulce memoria de la prenda mía
tan grata un tiempo como triste ahora,
áureo cabello, misterioso nudo
Ven a mi labio.

¡Ay! ven, y enjague su fervor el llanto
en que tus hebras inundó mi hermosa,
cuando te daba al infeliz Fileno
mísero amante.

Lágrimas dulces, de mi amor consuelo,
decidme siempre que mi Lesbia es firme;
decid que nunca romperá su voto
pérfida y falsa.

¡Oh! Cuánto el alma de dolor sentía
cuánto mi pecho la aflicción rasgaba,
cuando la hermosa con dolientes ojos

Viéndome dijo:

«¡Siempre, Fileno, de mi amor te acuerdas!
Toma este rizo, que mi frente adorna...
Toma esta Prenda de constancia pura...
Guárdala fino.»

A donde quiera que la suerte cruda
me arrastre ¡Oh rizo! seguirame siempre,

y de mi Lesbia la divina imagen
pon a mis ojos.
Tú me recuerdas los felices días

de paz y amor que fugitivos fueron
cual débil humo de Aquilón al soplo
Tórnase nada.

¡Oh! Cuántas veces su cabello rubio,
al blando aliento de la fresca brisa,
velón ondeaba, y en feliz desorden
¡Vino a mi frente!

La luna amiga con su faz serena
mil y mil veces presidió mi dicha...
Memoria dulce de mi bien pasado,

¡Sé mi delicia!

LOS RECELOS

¿Por qué, adorada mía,
mudanza tan cruel? ¿Por qué afanosa
evitas encontrarme, y si te miro,
fijas en tierra lánguidos los ojos
y triste amarillez nubla tu frente?
¡Ay! do volaron los felices días
En que risueña y plácida me vías,
y tus ardientes ojos me buscaban,
y de amor y placer me enajenaban?
¡Cuántas veces en medio de las fiestas,
de una fogosa juventud cercada,
me aseguró de tu cariño tierno
una veloz simpática mirada!
Mi bien, ¿por qué me ocultas
el dardo emponzoñado que desgarrar
tu puro corazón?... Mira que llenas
mi existencia de horror y de amargura:
dime, dime el secreto que derrama
el cáliz de dolor en tu alma pura.
Mas, ¿aún callas? ¡Ingrata! Ya comprendo
la causa de tu afán: ya no me amas,
ya te cansa mi amor... No, no; ¡perdona!
¡Habla, y hazme feliz!... ¡Ay! yo te he visto,
la bella frente de dolor nublada,
alzar los ojos implorando al cielo.

Yo recogí las lágrimas que en vano
pretendiste ocultar; tu blanca mano
estreché al corazón llena de vida
que por tu amor palpita, y azorada
me apartaste de ti con crudo ceño:
volví a coger tu mano apetedida,
sollozando a mi ardor la abandonaste,
y mientras yo ferviente la besaba,
bajo mis labios áridos temblaba.
¿Te fingirás acaso
delito en mi pasión? Hermosa mía,
no temas al amor: un pecho helado,
al dulce fuego del sentir cerrado,
rechaza la virtud, a la manera
de la peña que en vano
riega a torrentes la afanosa lluvia,
sin que fecunde su fatal dureza;
y el amor nos impone
por ley universal Naturaleza.
Rosa de nuestros campos, ¡ah! no temas
que yo marchite con aliento impuro
tu virginal frenor. ¡Ah! ¡te idolatro!...
Eres mi encanto, mi deidad, mi todo.
¡Único amor de mi sencillo pecho!
Yo bajara al sepulcro silencioso
por hacerte feliz... Ven a mis brazos,
y abandónate a mí; ven, y no temas.
La enamorada tórtola tan solo
sabe aqúeste lugar, lugar sagrado
ya de hoy más para mí... ¿Su canto escuchas
que en dulce y melancólica ternura
baña mi corazón?... Déjame, amada,
sobre tu seno descansar... ¡Ay! vuelve...
tu rostro con el mío
une otra vez, y tus divinos labios
impriman a mi frente atormentada
el beso del amor... Ídolo mío,
tu beso abrasador me turba el alma:
toca mi corazón cual late ansioso
por volar hacia ti... deja, adorada,
que yo te estreche en mis amantes brazos
sobre este corazón que te idolatra
¿Le sientes palpitar? ¿Ves cual se agita
abrasado en tu amor? ¡Pluguiera al cielo
que a ti estrechado en sempiterno abrazo
pudiese yo espirar! ¡Gozo inefable!

aura de fuego y de placer respiro;
confuso me estremezco:
¡ay! mi beso recibe... yo fallezco...
Recibe, amada mi postrer suspiro.

A MI ESPOSA EN SUS DÍAS

¡Oh! Cuán puro y sereno
despunta el Sol en el dichoso día
que te miró nacer, ¡Esposa mía!
Heme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,
objeto de mi amor y mi tesoro,
con qué afectuosa devoción te adoro,
¡y te consagro mi alma enternecida!

Si la inquietud ansiosa me atormenta,
al mirarte recobro
gozo, serenidad, luz y ventura;
y en apacibles lazos
feliz olvido en tus amantes brazos
de mi poder funesto la amargura.

Tú eres mi ángel de consuelo
y tu celestial mirada
tiene en mi alma enajenada
inexplicable poder.

Como el Iris en el cielo
la fiera tormenta calma
tus ojos bellos del alma
disipan el padecer.

Y ¿cómo no lo hicieron
cuando en sus rayos lánguidos respiran
inocencia y amor? Quieran los cielos
que tu día feliz siempre nos luzca
de ventura y de paz, y nunca turben
nuestra plácida unión los torpes celos.
Esposa la más fiel y más querida,
siempre nos amaremos,
y uno en otro apoyado, pasaremos
el áspero desierto de la vida.

Nos amaremos, esposa,
mientras nuestro pecho aliente
pasará la edad ardiente,
sin que pase nuestro amor.

Y si el infortunio vuelve
con su copa de amargura,
y en mí cargue su furor.

A LA HERMOSURA

Oda

Dulce hermosura, de los cielos hija,
don que los dioses a la tierra hicieron,
oye benigna de mi tierno labio
cántico puro.

La grata risa de tu linda boca
es muy más dulce que la miel hiblea:
tu rostro tiñe con clavel y rosas
cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma
del manso mar en los cerúleos campos,
así los orbes del nevado seno
leves agitas.

El universo cual deidad te adora;
el hombre duro a tu mirar se amansa,
y dicha juzga que sus ansias tiernas
blanda recibas.

De mil amantes el clamor fogoso,
y los suspiros y gemir doliente,
del viento leve las fugaces alas
rápidas llevan.

Y de tu frente al rededor volando
tus dulces gracias y poder publican:
clemencia piden; pero tú el oído
bárbara niegas.

¿Por qué tu frente la dureza nubla?
¿El sentimiento la beldad afea?
No: vida, gracia y expresión divina
préstala siempre.

Yo vi también tu seductor semblante,
y apasionado su alabanza dije
en dulces himnos, que rompiendo el aire
férvidos giran.

Mil y mil veces al tremendo carro
de amor me ataste, y con fatal perfidia
mil y mil veces derramar me hiciste
mísero llanto.

Y maldiciendo tu letal hechizo,
su amor abjuro delirante y ciego;
Mas, ¡ay! en vano que tu bella imagen
sígueme siempre.

Si al alto vuelvo la llorosa vista,
en la pureza del etéreo cielo
el bello azul de tus modestos ojos
lánguido miro.

Si miro acaso en su veloz carrera
al astro bello que la luz produce,
el fuego miro que en tus grandes ojos
mórbido brilla.

Es de la palma la gallarda copa
imagen viva de tu lindo talle;
y el juramento que el furor dictome
fácil abjuro.

Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,
caigo a tus plantas, y perdón te pido,
y a suplicar y dirigirte votos
tímido vuelvo.

¡Ay! de tus ojos el mirar sereno
y una sonrisa de tu boca pura,
son de mi pecho, que tu amor abrasa,
único voto.

¡Dulce hermosura! mi rogar humilde

oye benigna, y con afable rostro
tantos amores y tan fiel cariño
págame justa.

A LA ESTRELLA DE VENUS

Oda

Estrella de la tarde silenciosa,
luz apacible y pura
de esperanza y amor, salud te digo.
en el mar de Occidente ya reposa
la vasta frente el sol, y tú en la altura
del firmamento solitaria reinas.
ya la noche sombría
quiere tender en diamantado velo,
y con pálidas tiritas baña el suelo
la blanda luz del moribundo día.

¡Hora feliz y plácida, cual bella!
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto
en la callada soledad me inspira
de virtud y de amor meditaciones.
¡Qué delicioso afecto
excita en los sensibles corazones
la dulce y melancólica memoria
de su perdido bien y de su gloria!

Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
viste brillar serenas
sobre mi faz en Cuba!... Al asomarse
tu disco puro y tímido en el cielo,
a mi tierno delirio daba rienda
en el centro del bosque embalsamado,
y por tu tibio resplandor guiado
buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,
trémula, bella en su temor, velada
con el mágico manto del misterio,
de mi alma la señora me aguardaba.
En sus ojos afables me veían

ingenuidad y amor: yo la estrechaba
a mi pecho encendido,
y mi rostro feliz al suyo unido,

su balsámico aliento respiraba.

¡Oh goces fugitivos
de placer inefable! ¡Quién pudiera
del tiempo detener la rueda fiera
sobre tales instante!...

Yo la admiraba estático: a mi oído
muy más dulce que música sonaba
el eco de su voz, y su sonrisa
para mi alma era luz. Horas serenas,
cuya memoria cara
a mitigar bastara
de una existencia de dolor las penas!

¡Estrella de la tarde! ¡cuántas veces
junto a mi dulce amiga me mirabas
saludar tu venida, contemplarte,
y recibir en tu amorosa lumbre
paz y serenidad!... Ahora me miras
amar también, y amar desesperado.
Huir me ves el objeto desdichado
de una estéril pasión, que es mi tormento
con su belleza misma;
y al renunciar su amor, mi alma se abisma
en el solo y eterno pensamiento
de amarla, y de llorar la suerte impía
que por siempre separa
su alma bella y pura del alma mía.

A MI AMANTE

Oda

Es media noche: vaporosa calma
y silencio profundo
el sueño vierte al fatigado mundo,
y yo velo por ti, mi dulce amante.
¡En qué delicia el alma
enajena tu plácida memoria!

Único bien y gloria
del corazón más fino y más constante
¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho
la agitación lanzaste y el martirio,
y en mi tierno delirio
lleno de ti contemplo el universo.
con tu amor inefable se embellece
de la vida el desierto,
que desolado y yerto
a mi tímida vista parecía,
y cubierto de espinas y dolores.
Ante mis pasos, adorada mía,
riégalo tú con inocentes flores.

¡Y tú me amas! ¡Oh Dios! ¡Cuánta dulzura
siento al pensarlo! de esperanza lleno,
miro lucir el sol puro y sereno,
y se anega mi ser en su ventura.
Con orgullo placer alzo la frente
antes nublada y triste, donde ahora
serenidad respira y alegría.
Adorada señora
de mi destino y de la vida mía,
cuando yo tu hermosura
en un silencio religioso admiro,
el aire que tú alientas y respiro
es delicia y ventura.
Si pueden envidiar los inmortales
de los hombres la suerte,
me envidiarán al verte
fijar en mí tus ojos celestiales
animados de amor, y con los míos
confundir su ternura.
O al escuchar cuando tu boca pura
y tímida confiesa
el inocente amor que yo te inspiro:
por mí exhalaste tu primer suspiro,
y a mí me diste tu primera promesa.
¡Oh! ¡luzca el bello día
que de mi amor corone la esperanza,
y ponga el colmo a la ventura mía!
¡Cómo de gozo lleno,
inseparable gozaré tu lado,
respiraré tu aliento regalado,
y posaré mi faz sobre tu seno!

Ahora duermes tal vez, y el sueño agita
sus tibias alas en tu calma frente,
mientras que blandamente
solo por mí tu corazón palpita.

Duerme, objeto divino
del afecto más fino,
del amor más constante;
descansa, dulce dueño,
y entre las ilusiones de tu sueño
levántese la imagen de tu amante.

LA RESOLUCIÓN

Oda

¿Nunca de blanda paz y de consuelo
gozaré algunas horas? ¡O terrible
necesidad de amar!... Del Océano
las arenosas y desnudas playas
devoradas del sol de medio día
son imagen terrible, verdadera
de mi agitado corazón. En vano
a ellas el padre de la luz envía
su ardor vivificante, que orna y viste
de fresca sombra y flores el otero.
así el amor, del mundo la delicia,
es mi tormento fiero.

¿De qué me sirve amar sin ser amado?
¡Ángel consolador, a cuyo lado
breves instantes olvide mis penas!
Es fuerza huir de ti: tú misma diste
la causa... Me estremezco... Alma inocente,
¡Ay! Curar anhelabas las heridas
que yo desgarré con furor demente.
La furia del amor entró en mi seno,
y el amargo dulzor de tus palabras,
y el bálsamo feliz tornó veneno.

Me hablabas tierna: con afable rostro
y con trémulo acento
la causa de mi mal saber querías,
y la amargura de las penas mías

templar con tu amistad. ¡Cuánto mi pecho
palpitaba escuchándote!... Perdido
a feliz ilusión me abandonaba
y de mi amor el mísero secreto
entre mis labios trémulos erraba.
Alcé al oírte la abatida frente,
y te miré con ojos do brillaba
la más viva pasión... ¿No me entendiste?
¿No eran bastantes ¡ay! a revelarla

Mi turbación, de mi marchito rostro
la palidez mortal?... ¡Mujer ingrata,
mi delirio cruel te complacía!...
¡Ay! nunca salga de mi ansioso pecho
la fatal confesión: si no me amas,
moriré de dolor, y si me amases...
¡amarme tú!... Yo tiemblo... Alma divina,
¿Tú amar a este infeliz, que solo puede
ofrecerte su llanto y la tibieza
de un desecado corazón? ¿Tú, bella
más que la luna si en el mar se mira,
unirte a los peligros y pesares
de este triste mortal?... ¡Damas! -Huyamos
de su presencia, donde no me angustie
su injuriosa piedad... ¡A Dios! Yo quiero
ser inocente y no perderte... Amiga,
amiga deliciosa, nunca olvides
al mísero Fileno, que a tu dicha
sacrifica su amor: él en silencio
te adorará, gozándose al mirarte
tan feliz como hermosa
mas nunca ¡oh Dios! te llamará su esposa.

AUSENCIA Y RECUERDOS

Oda

¿Qué tristeza profunda, qué vacío
siente mi pecho? En vano
corro la margen del callado río
que la celeste Lola
al campo se partió. Mi dulce amiga,
por qué me dejas? ¡Ay! con tu partida
en triste soledad mi alma perdida

verá reabierta su profunda llaga,
que adormeció la magia de tu acento.
El cielo, a mi penar compadecido,
de mi dolor la fiel consoladora
en ti me deparó: la vez primera
(¿Te acuerdas, ola?) que los dos vagamos
del Yumurí tranquilo en la ribera y
me sentí renacer: el pecho mío
rasgaban los dolores.
una beldad amable, amante, amada
con ciego frenesí, puso en olvido
mi lamentable amor. Enfurecido,
torvo, insociable, en mi fatal tristeza
aún odiaba el vivir: desfiguróse
a mis lánguidos ojos la natura,
pero vi tu beldad por mi ventura,
y ya del sol el esplendor sublime
volvíome a parecer grandioso y bello:
volví a admirar de los paternos campos
el risueño verdor. Sí: mis dolores
se disiparon como el humo leve,
de tu sonrisa y tu mirar divino
al inefable encanto.

¡Ángel consolador! ya te bendigo
con tierna gratitud: ¡cuán halagüeña
mi afán calmaste! De las ansias mías
cuando serena y plácida me hablabas,
la agitación amarga serenabas,
y en tu blando mirar me embelecías.

¿Por qué tan bellos días
fenecieron? ¡Ay Dios! ¿Por qué te partes?
Ayer nos vio este río en su ribera
sentados a los dos, embebecidos
en habla dulce, y arrojando conchas
al líquido cristal, mientras la luna
a mi placer purísimo reía
y con su luz bañaba
tu rostro celestial. Hoy solitario,
melancólico y mustio errar me mira
en el mismo lugar quizá buscando
con tierna languidez tus breves huellas
horas de paz, más bellas
que las cavilaciones de un amante,

¿Dónde volasteis? -Lola, dulce amiga,
di, ¿por qué me abandonas,
y encanta otro lugar tu voz divina?
¿No hay aquí palmas, agua cristalina,
y verde sombra, y soledad?... Acaso
en vago pensamiento sepultada,
recuerdas ¡ay! a tu sensible amigo.
¡Alma pura y feliz! Jamás olvides
a un mortal desdichado que te adora,
y cifra en ti su gloria y su delicia.

Mas el afecto puro
que me hace amarte, y hacia ti me lleva,
no es el furioso amor que en otro tiempo
turbó mi pecho: es amistad. -Do quiera
me seguirá la seductora imagen
de tu beldad. En la callada luna
contemplaré la angelical modestia
que en tu serena frente resplandece:
veré en el sol tus refulgentes ojos;
en la gallarda palma la elegancia
de tu talle gentil veré en la rosa
el purpúreo color y la fragancia
de la boca dulcísima y graciosa,
do el beso del amor riendo reposa:
así do quiera miraré a mi dueño,
y hasta las ilusiones de mi sueño
halagará su imagen deliciosa.

LA INCONSTANCIA

Oda

(A D. Domingo del Monte)

En aqueste pacífico retiro,
lejos del mundo y su tumulto insano
doliente vaga tu sensible amigo.
Tú sabes mis tormentos, y conoces
a la mujer infiel... ¡Oh! si del alma
su bella imagen alejar pudiese,
¡cuál fuera yo feliz! ¡cómo tranquilo
de amistad en el seno
gozara paz y plácida ventura,

de todo mal y pesadumbre ajeno!

¡Amor ciego y fatal!... Ahora la tierra
encanta con su fresca lozanía.
por detrás de los montes enviscados
el almo sol en el sereno cielo
de azul, púrpura y oro arrebolado,
se alza con majestad: brilla su frente.
y la montaña, el bosque, el caserío,
relucen a la vez... Salud, ¡oh padre
del ser y del amor y de la vida!
¿Quién al mirar a ti no siente el alma
llena de inspiración?... ¡Salve! ¡Tu carro
lanza veloz por la celeste esfera,
y vida, fuerza y juventud lozana
vierta en el mundo tu inmortal carrera!
vuela, y muestra glorioso al universo
el almo Dios, que en tu fulgor velado,
sin principio ni fin... ¿Por qué mi frente
doblase mustia, y en mi rostro corre
esta lágrima ardiente? ¿Quién ha helado
el entusiasmo espléndido y sublime,
que a gozar y admirar me arrebatava?

¿Qué me importa ¡infeliz! el universo,
si me olvida la infiel? ¡Ay! en la noche
veré la tierra en esplendor bañada,
al vislumbrar de la fulgente luna,
y no seré feliz: no embebecida
el alma sentiré, cual otro tiempo,
en mil cavilaciones deliciosas
de ventura y amor: hoy afligido
solamente diré: «No mi adorada
en tal contemplación embelesada
a mí dirigirá sus pensamientos.»
De aquestas cañas a la blanda sombra
recuerdo triste mi placer pasado,
y me siento morir: lánguidamente
grabo en el tronco de la tersa caña
de Lesbia el nombre, y en delirio insano
gimo, y le cubren mis ardientes besos.
Su mano, ¡ay Dios! la mano que amorosa
mil y mil veces halagó la mía,
hundió el puñal en mi confiado pecho
con torpe engaño y con mudanza impía.

Heme juguete de la suerte fiera,
de una pasión tirana subyugado,
abatido, infeliz, desesperado,

el triste espectro de lo que antes era.
¡Oh pérfida mujer! ¡Cómo pagaste
el afecto más fino!
Bajo rostro tan cándido y divino
¿tan falso corazón pudo velarse?

Tú, mi loca pasión ¡ay! halagabas,
y feliz te dijiste en mis amores.
Aunque el hado tirano
en mi alma tierna y pura
verter quisiese cáliz de amargura,

¿Le debiste ¡infeliz! prestar tu mano?
Cuando el fatal prestigio con que ahora
la juventud y la beldad te cercan
haya la parca atroz desvanecido,
para salvar tu nombre del olvido
el triste amor de tu infeliz poeta
será el único timbre de tu gloria.
la mitad del laurel que orne mi tumba
entonces obtendrás; y de tus gracias
y de tu ingratitud y mi tormento
prolongará mi canto la memoria.

¡Hermosura fatal! tu disipaste
la brillante ilusión que me ocultaba
la corrupción universal del mundo,
y la vida y los hombres a mis ojos
presentaste cual son. ¿Dónde volaron
tanto y tanto placer? ¿Cómo pudiste
así olvidarte de tu amor primero?
¡Si así olvidase yo!... Mas ¡ay! el alma
que fina te adoró, falsa, te adora.

No vengativo anhelaré que el cielo
te condene al dolor: sé tan dichosa
cual yo soy infeliz: mas no mi oído
hiera jamás el nombre aborrecido
de mi rival, ni de tu voz el eco
torne a rasgar la ensangrentada herida
de aqueste corazón: no a mirar vuelva
tu celeste ademán, ni aquellos ojos,

ni aquellos labios do letal ponzoña
ciego bebí... ¡Jamás! -Y tú en secreto
un suspiro a lo menos me consagra,
un recuerdo... ¡Ah cruel! No te maldigo,
y mi mayor anhelo
es elevarte con mi canto al cielo,
y un eterno laurel partir contigo.

LA CIFRA

Romance

¿Aún guardas, árbol querido
la cifra ingeniosa y bella
con que adornó mi adorada
tu solitaria corteza?
Bajo tu plácida sombra
me viste evitar con Lesbia
del fiero sol meridiano
el ardor y luz intensa.
Entonces ella sensible
pagaba mi fe sincera
y en ti enlazó nuestros nombres
de inmortal cariño en prenda
su amor pasó, ¡y ellos duran
cual dura mi amarga pena!...
Deja que borre el cuchillo
memorias ¡ay! tan funestas.
No me hables de amor: no juntes
mi nombre con el de Lesbia,
cuando la pérfida ríe
de sus mentidas promesas
y de un triste desengaño
al despecho me condena.

A LOLA EN SUS DÍAS

Oda

Vuelve a mis brazos, deliciosa Lira,
en que de la beldad y los amores
el hechizo canté. Sobrado tiempo

de angustias y dolores
el eco flébil fuera
mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera
no calmar mi agonía
este brillante día
que a Lola vio nacer? ¡Cuán deleitosa
despunta en oriente la luz pura
del natal de una hermosa!
Naciste, Lola, y Cuba
al contemplar en ti su bello adorno
aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna
meció festivo amor: tu blanda risa
nació bajo su beso: complacido
la recibió, y en inefable encanto
y sin igual dulzura
tus labios inundó: tu lindo talle
de gallarda hermosura
Venus ornó con ceñidor divino,
y, tal vez envidiosa, contemplaba
tu celestial figura.

Nace bárbaro caudillo,
que con frenética guerra
debe desolar la tierra,
y gime la humanidad.

Naciste, Lola, y el mundo
celebró tu nacimiento,
y embelesado y contento
adoró amor tu beldad.

Feliz aquel a quien afable miras
que en tu hablar se embebece, y a tu lado
admira con tu talle delicado
a viva luz de tus benignos ojos.

¡Venturoso mortal! ¡en cuanta envidia
mi corazón enciendes!... Lola hermosa,
¿quién tanta beldad y a tantas gracias
pudiera resistir, ni qué alma fría
con la expresión divina de tus ojos
no se inflama de amor? El alma mía
se abrasó a tu mirar... Eres más bella
que la rosa lozana,
del Zéfiro mecida
al primer esplendor de la mañana.

Si en un tiempo más bello y felice
tantas gracias hubiera mirado,
¡Ah! tú fueras objeto adorado
de mi fina y ardiente pasión.
Mas la torpe doblez, la falsía,
que mi pecho sensible rasgaron,
en su ciego furor me robaron
del placer la dichosa ilusión.
¡Ángel consolador! Tu beldad sola
el bárbaro rigor de mis pesares
a mitigar alcanza,
y en tus ojos divinos
bebo rayos de luz y de esperanza.
Conviértelos a mí siempre serenos,
abra tus labios plácida sonrisa,
y embriégame de amor!... Acepta grata
por tu ventura mis ardientes votos.
¡Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera
sumir el cielo en aflicción y luto
tanta y tanta beldad? Si despiadado
el feroz infortunio te oprimiere,
¡ay! ¡no lo mire yo! Baje a la tumba
sin mirarte infeliz; o bien reciba
los golpes de la suerte,
y de ellos quedes libre, y generoso
si eres dichosa tú, seré dichoso.
Me oyes, Lola, placentera,
llena de fuerza y de vida...
¡Ay! mi juventud florida
el dolor marchita ya.

Cuando la muerte me hiera,
y torne tu día sereno
acuérdate de Fileno,
di su nombre suspirando,
y en torno de ti volando
mi sombra se gozará.

LA PARTIDA

Cantata

¡A Dios, amada, a Dios! llegó el momento

del pavoroso a Dios... mi sentimiento
dígate aqúeste llanto... ¡ay! ¡el primero
que me arranca el dolor! ¡Oh, Lesbia mía!
No es tan solo el horror de abandonarte
lo que me agita, sino los temores
de perder tu cariño: sí; la ausencia
mi imagen borraré, que en vivo fuego
grabó en tu pecho amor... Eres hermosa,
y yo soy infeliz!... En mi destierro
viviré entre dolor, y tu cercada
en fiestas mil de juventud fogosa,
que abrasará de tu beldad el brillo,
me venderás perjura,
y en nuevo amor palpitará tu seno,
olvidando del mísero Fileno
la fe constante y el amor sencillo.

Sumido en pesares,
y triste y lloroso,
noticias ansioso
de ti pediré:
y acaso diranme
con voz dolorida:
«Tu Lesbia te olvida
tu Lesbia es infiel.»

Yo te ofendo, adorada: sí; perdona
a tu amante infeliz estos recelos.
¿Cuándo el que quiso bien no tuvo celos?
tú sabrás conservar con fiel cariño
de tu primer amante la memoria;
no perderás ese candor que te hace
del cielo amor, y de tu sexo gloria.
¡Lloras! ¡ay! ¡lloras!... ¡Oh fatal momento
de dicha y de dolor!. Aquese llanto,
que tu amor me asegura,
me rasga el corazón... Tu hermosa vida
anublan los pesares y amargura
por mi funesto ardor... ¡El cielo sabe
que con toda la sangre que me anima
comprar quisiera tu inmortal ventura!
Mas, desdichado soy... ¿por qué te uniste
a mi suerte cruel, que ha emponzoñado
de tus años la flor?... ¡A Dios, querida!...
¡A Dios!... ¡Ay! apuremos presurosos
el cáliz del dolor... Ese pañuelo

con tus preciosas lágrimas regado,
trueca por este mío.
Besándolo mil veces, y en sus hilos
mi llanto amargo uniendo con tu llanto,
daré a mi pena celestial consuelo.
«Lesbia me ama, diré, y en mi partida
este llanto vertió... Tal vez ahora
mi pañuelo feliz besa encendida,
y le estrecha a su seno
y un amor inmortal jura a Fileno.»

Piensa en mí, Lesbia divina;
y si algún amante osado
de tus hechizos prendado,
quiere robarme tu amor;
pon la vista en el pañuelo
prenda fiel de la fe mía,
y di: «cuando se partía,
¡Cuán grande fue su dolor!»

RECUERDO

Soneto

Despunta apenas la rosada aurora:
plácida brisa nuestras velas llena;
callan el mar y el viento, y solo suena
el rudo hendir de la cortante prora.

Ya separado ¡ayme! de mi señora
gimo no más en noche tan serena:
dulce airecillo, mi profunda pena
lleva al objeto que mi pecho adora.

¡Oh! ¡cuántas veces, al rayar el día,
ledo y feliz de su amoroso lado
salir la luna pálida me vía!

¡Huye, memoria de mi bien pasado!
¿Qué sirves ya? Separación impía
la brillante ilusión ha disipado.

PARA GRABARSE EN UN ÁRBOL

Soneto

Árbol, que de Fileno y su adorada
velaste con tu sombra los amores,
jamás del can ardiente los rigores
dejen tu hermosa pompa marchitada.

Al saludar tu copa embovedada,
palpiten de placer los amadores,
y celosos frenéticos furores
nunca profanen tu mansión sagrada.

A Dios, árbol feliz, árbol amado:
para anunciar mi dicha al caminante
guarde aquesta inscripción tu tronco añoso.

Aquí moró el placer: aquí premiado
miró Fileno al fin su amor constante:
sensible amó, le amaron, fue dichoso.

LA MELANCOLÍA

Letrilla

Hoja solitaria y mustia,
que de tu árbol arrancada,
por el viento arrebatada
triste murmurando vas,
¿do te diriges? -Lo ignoro,
de la encina que adornaba
este prado, y me apoyaba,
los restos mirando estás.

Bajo su sombra felice
las zagalas y pastores
cantaban, y sus amores
contenta escuchaba yo,
Nise; la joven más bella
que jamás ornó éste prado
tal vez pensando en su amado,
en el tronco se apoyó.

Mas contrastada la encina
por huracán inclemente
abatió su altiva frente
dejándose despojar.

Desde entonces cada día
raudo el viento me arrebató,
y aunque feroz me maltrata
ni aun oso quejarme de él.

Voy, de su impulso llevado
del valle a la selva umbrosa,
do van las hojas de rosa
y las hojas de laurel.

EL AY DE MÍ

Letrilla

¡Cuán difícil es al hombre
hallar un objeto amable
con cuyo amor inefable
pueda llamarse feliz!

Y si este objeto resulta
frívolo, duro, inconstante
¿Qué resta al mísero amante
sino exclamar ¡ay de mí!

El amor es un desierto
sin límites, abrasado,
en que a muy pocos fue dado
pura delicia sentir.

Pero en sus mismos dolores
guarda mágica ternura,
y hay siempre cierta dulzura
en suspirar ¡ay de mí!

AL SALTO DE NIÁGARA

Oda

Templad mi lira, dádmela, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo
en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz!... Niágara undoso,
tu sublime terror solo podría
tornarme el don divino, que ensañada
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
tu trueno aterrador: disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan,
déjame contemplar tu faz serena,
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
la común y mezquino desdeñando,
ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé: vi al Océano
azotado por austro proceloso,
combatir mi bajel, y ante mis plantas
vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
en mi alma no produjo
la profunda impresión que tu grandeza.

Sereno, corres, majestuoso; y luego
en ásperos peñascos quebrantado,
te abalanzas violento y arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
de la Sirte rugiente
la aterradora faz? El alma mía
en vago pensamiento se confunde
al mirar esa férvida corriente,
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde oscuro
del precipicio altísimo: mil olas
cual pensamiento rápidas pasando,
chocan y se enfurecen,
y otras mil y otras mil ya las alcanzan
y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo

devora los torrentes, despeñados:
crúzanse en él mil iris, y asomados
vuelven los bosques al fragor tremendo.

En las rígidas peñas
rómpele el agua: vaporosa nube
con elástica fuerza
llena el abismo en torbellino, sube,
gira en torno, y al éter
luminosa pirámide levanta,
y por sobre los montes que le cercan
al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inútil afán? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
que en las llanuras de mi ardiente Patria
nacen del sol a la sonrisa y crecen,
y al soplo de las brisas del Océano
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
ni otra corona que el aqueste pino
a tu terrible majestad conviene.

La palma, y mirto, y delicada Rosa,
muelle placer inspiran, y ocio blando
en frívolo jardín a ti la suerte
guardó más digno objeto, más sublime
el alma libre, generosa, fuerte
viene, te ve, se asombra,
el mezquino deleite menosprecia,
y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
oí monstruos execrables
blasfemando tu nombre sacrosanto,
sembrar error y fanatismo impío,
los campos inundar en sangre y llanto,
de hermanos atizar la infanda guerra,
y desolar frenéticos la tierra.

Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
en grave indignación. Por otra parte

vi mentidos filósofos que osaban
escrutar tus misterios, ultrajarte,
y de impiedad al lamentable abismo

a los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
en la sublime soledad: ahora
entera se abre a ti; tu mano siente
en esta inmensidad que me circunda,
y tu profunda voz hiere mi seno
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo, tu vista el ánimo enajena,
y de terror y admiración me llena!

¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza
por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
hace que al recibirte
no rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
cubrió tu faz de nubes agitadas,
dio su voz a tus aguas despeñadas,
y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
como el torrente obscuro de los siglos
en insondable eternidad!... ¡Al hombre
huyen así las ilusiones gratas,
los florecientes días,
y despierta al dolor! -¡Ay! agostada
yace mi juventud; mi faz marchita,
y la profunda pena que me agita
ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
mi soledad y mísero abandono
y lamentable desamor... ¿Podría
en edad borrascosa
sin amor ser feliz? ¡Oh! si una hermosa
mi cariño fijase,
y de este abismo al borde turbulento
mi vago pensamiento
y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
de leve palidez, y ser más bella

en su dulce terror, y sonreírse
al sostenerla mis amantes brazos!...
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
sin patria, sin amores,
solo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!

¡A Dios! ¡A Dios! dentro de pocos años
ya devorado habrá la tumba fría
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
viéndote algún viajero,
dar un suspiro a la memoria mía!
y al abismarse Febo en occidente
feliz yo vuelo do el Señor me llama,
y al escuchar los ecos de mi fama
alce en las nubes la radiosa frente.

EN UNA TEMPESTAD

Oda al huracán

Huracán, huracán, venir te siento
y en tu soplo abrasado
respiro entusiasmado
del Señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
vedle rodar por el espacio inmenso,
silencioso, tremendo, irresistible
en su curso veloz. La tierra en calma
siniestra, misteriosa,
contempla con pavor su faz terrible.

¿Al toro no miráis? El suelo escarba
de insoportable ardor sus pies heridos,
la frente poderosa levantando,
y en la hinchada nariz fuego aspirando
llama la tempestad con sus bramidos!

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando
vela en triste vapor su faz gloriosa,
y su disco nublado solo vierte

luz fúnebre y sombría,
que no es noche ni día
¡pavoroso color, velos de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
al acercarse el huracán bramando,
y en los lejanos montes retumbando
le oyen los bosques, y a su voz responden.

Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
su manto aterrador y majestuoso!...
¡Gigante de los aires, te saludo!...
En fiera confusión el viento agita
las orlas de tu parda vestidura...

¡Ved!... en el horizonte
los brazos rapidísimos enarca,
y con ellos abarca
cuanto alcanzo a mirar de monte a monte.

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo
levanta en torbellinos
el polvo de los campos agitados!...
En las nubes retumba despeñado
el carro del Señor, y de sus ruedas
brotó el rayo veloz, se precipita,
hiere y aterra al suelo,
y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada
cae a torrentes, oscurece el mundo,
y todo es confusión, horror profundo.

Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Do estáis?... Os busco en vano:
desparecisteis... La tormenta umbría
en los aires revuelve un Océano
que todo lo sepulta...

Al fin, mundo fatal, nos se paramos:
el huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! cómo en tu seno
de tu solemne inspiración henchido,
el mundo vil y miserable olvido
y alzo la frente, de delicia lleno!
¿Do está el alma cobarde

que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo
al trono del Señor: oigo en las nubes
el eco de su voz: siento a la tierra

escucharle y temblar. Ferviente lloro
desciende por mis pálidas mejillas,
y su alta majestad trémulo adoro.

HIMNO AL SOL

(Escrito en el océano)

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
lo infinito circunda tu frente,
lo infinito sostiene tus pies.

Ven: al bronco rugir de las ondas
une acento tan fiero y sublime,
que mi pecho entibiado reanime,
y mi frente ilumine, otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
se colora de rosa el Oriente,
y la sombra se acoge a Occidente,
y a las nubes lejanas del Sur:
y del Este en el vago horizonte,
que confuso mostrábase y denso,
se alza pórtico espléndido, inmenso
de oro, púrpura, fuego y azur.

¡Vedle ya!... Cuál gigante imperioso
alza el Sol su cabeza encendida...
¡Salve, padre de luz y de vida,
centro eterno de fuerza y calor!

¡Cómo lucen las olas serenas
de tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
poderoso renueva este mundo:
aun del mar el abismo profundo

mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera
dulce vida recobran los pechos,
y en dichosa ternura deshechos
reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
de verdura las viste y de flores,
y sus brisas y blandos olores
feudo son a tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos
abandona huracán inclemente,
cuando en ellos reluce tu frente
y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
que saludan tu brillo primero,
y en la tarde tu rayo postrero
las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas,
de la tierra insondable tesoro,
y en su seno el diamante y el oro
reconcentra tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
y al poeta tus rayos animan;
su entusiasmo celeste subliman,
y te ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas, y al mundo
con calor vivificas intenso,
que a mi seno descienes yo pienso,
y alto Numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
de tu luz en las alas envía
al Autor de tu vida y la mía,
al Señor de los cielos y el mar.

Calma eterna do quiera respira,
y velado en tu fuego le adoro:
si yo mismo, ¡mezquino! me ignoro,
¿cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo,
sé que vive, que reina y me ama,
y su aliento divino me inflama
de justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día
vacilar de mi fe los cimientos,
fue al mirar sus altares sangrientos
circundados por crimen y error.

ODA AL COMETA DE 1822

Planeta de terror, monstruo del cielo,
errante masa de perennes llamas
que iluminas e inflamas
los desiertos del Éter en tu vuelo;
¿Qué universo lejano
al sistema solar ora te envía?

¿Te lanza del Señor, la airada mano
a que destruyas en tu curso insano
del mundo la armonía?
¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?

EL SABIO LABORIOSO

para seguirte se fatiga en vano,
y más allá del invisible Urano
ve abismarse tu carro misterioso;
¿El influjo del sol allá te alcanza,
o una funesta rebelión te lanza
a ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
¿Ningún sistema habitas,
y tan cerca del sol te precipitas
para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
a su vasta atracción ceder te ordene,
y entre Jove y Saturno te encadene,
de tu brillante ropa despojado.

Mas si tu curso con furor completas,
y le hiere tu disco de diamante,
arrojarás triunfante
al sistema solar nuevos planetas.
Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
tu faz el vulgo con asombro y miedo,
yo, al contemplarte ledo,
elévome al Criador: mi mente admira
su alta grandeza, y tímida le adora.
y no tan solo ahora
en mi alma dejas impresión profunda:
ya de la noche en el brillante velo,
de mi niñez en los ardientes días,
a mi agitada mente parecías
un volcán en el cielo.

El ángel silencioso
que ora inocente dirección te inspira,
se armará del Señor con la palabra
cuando del libro del destino se abra
la página sangrienta de su ira.
¡Entonces furibundo
chocarás con los astros, que lanzados
volarán de sus órbitas, hundidos
en el éter profundo,
y escombros abrasados
de mundos destruidos
llevarán el terror a otro sistema!...
Tente, Musa: respeta el velo obscuro
con que de Dios la majestad suprema,
envuelve la región de lo futuro:
tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
y a millones de mundos ignorados
al Hacedor magnífico revela.

ODA A LA NOCHE

Reina la noche: con silencio grave
gira los sueños en el aire vano;
cándida, pura, el silencioso llano
viste la luna de su luz suave.

¡Hora de paz!... Aquí, do a nadie miro,

en esta cumbre, alzado,
heme, Señor, del mundo abandonado.

¡Cómo embelesa la quietud augusta
de la natura, a la sensible alma
que oye su voz, y en deleitosa calma
de esta mansión y su silencio gusta!
Grato silencio, que interrumpe el río
distante murmurando,
o en las hojas el viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente
gira en lánguidas alas el reposo,
que vela fiel bajo del cielo umbroso
y huye la luz del sol resplandeciente.
Invisible con él y misterioso
en llano y montes yace
el bello horror, que contristando place.

¡Cómo en el alma estática se imprime
el delicioso y triste pensamiento!
¡Cómo el cuadro feliz que miro atento
es a par melancólico y sublime!
¡Ah! su paz de la música prefiero
al eco poderoso
con que se anima el baile bullicioso.

Allí en salón soberbio, por do quiera
terso cristal duplica los semblantes:
de oro vestida y perlas y diamantes
hermosura gentil danza ligera,
y con sus gracias y afectado hechizo
de mil adoradores
lleva tras sí los votos y loores.

¡Admirable es aquesto! Yo algún día,
de la simple niñez salido apenas,
en los bailes magníficos y cenas
de mi amor al objeto perseguía;
y atesoré con mágica ventura
de la Joven amada
un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido,
y a languidez y enfermedad ligado,
muy más me place que salón dorado

Este llano en la noche oscurecido;
a la brillante danza prefiriendo
el meditar tranquilo
bajo este cielo, en inocente asilo.

¡Ah! bríllenme por siempre las estrellas
en un cielo tan puro como ahora,
y a la alta mano de mi ser Autora
puédame yo elevar, viéndola en ellas.
A ti, Dios de los cielos, en la noche
alzo en humilde canto
la dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo también, amiga luna:
siempre tierno te amé, reina del cielo:
siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,
en la adversa y la próspera fortuna.

Tú sabes cuantas veces anhelando
gozar tu compañía,
maldije el brillo del ardiente día.

Asentado tal vez a las orillas
del mar, cuyo cristal te retrataba
en cavilar dulcísimo pasaba
las leves horas en que leda brillas;
y recordando mi nublada gloria,
miré tu faz serena
y en tierno llanto desahogué mi pena.

¡Mas ay! el pecho con dolor palpita,
herido ya de consunción tirana,
y cual tú al esplendor de la mañana,
palidece mi rostro y se marchita.
Cuando caiga por fin, inunde al menos
esa luz calma y pura
de tu amigo la humilde sepultura...

...Mas, ¿qué canto suavísimo resuena
del inmediato bosque en la espesura?
Es tu voz, rui señor, que de ternura
en dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé, porque debiste al cielo
genio triste y sombrío,
tierno y agreste, como el genio mío.

Perezca el que a tu nido te arrebató,
y porque gimas gusta de oprimirte:
¿Por qué no viene como yo a seguirte
del bosque espeso entre la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo
en torno de tu nido,
que a nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el caos profundo
produjo antes que al sol, y al sol postrero
has de sobrevivir, cuando severo
el brazo del Señor trastorne el mundo;
óyeme: tú serás mientras me dure
este soplo de vida
celebrada por mí, de mi querida.

Antes del primer tiempo, sepultada
del caos en el vértice yacías:
inspirada tal vez ya preveías
a tu beldad la gloria destinada;
y ociosa, triste, en el sombroso velo
tu frente rebozabas,
y en el futuro imperio meditabas.

A la voz del Criador, del Océano
reina saliste, el cetro levantando,
de estrellas coronada, desplegando
el manto rico por el éter vano;
y al mundo silencioso deleitaba
en tu frente severa
de la alma luna la argentada esfera.

¡Cuántas altas verdades he aprendido
en tu solemne horror, sublime diosa!
En el silencio de la selva umbrosa
¡Cuántas inspiraciones te he debido!
En ti miro al Criador, y arrebatado
de fervoroso anhelo,
pulso mi lira y me levanto al cielo.

¡Salve, gran diosa! en tu apacible seno
déjame consolar y recrearme:
tu bálsamo feliz puede aliviarme
el triste pecho de dolores lleno.
¡Noche, de los poetas y almas tiernas
dulce, piadosa amiga,

en blanda paz convierte mi fatiga!

CALMA EN EL MAR

Letrilla

El cielo está puro,
la noche tranquila,
y plácida reina
la calma en el mar.

En su campo inmenso
el aire dormido
la flámula inmóvil
no puede agitar.

Ninguna brisa
llena las velas,
ni alza las ondas
viento vivaz.

En el Oriente
débil meteoro
brilla y disípase
leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante
nos muestra la luna,
y en torno la ciñe
corona de luz.

El brillo sereno
argenta las nubes
quitando a la noche
su pardo capuz.

Y las estrellas,
cual puntos de oro,
en todo el cielo
vense brillar.

Como un espejo
terso, bruñado,
las luces trémulas

refleja el mar.

La calma profunda
de aire, mar y cielo
al ánimo inspira
dulce meditar.

Angustias y afanes
de la triste vida,
mi llagado pecho
quiere descansar.

Astros eternos
lámparas dignas
que ornáis el templo
del Hacedor.

Sedme la imagen
de su grandeza
que lleve al ánimo
santo pavor.

¡Oh piloto! La nave prepara:
a seguir tu derrota disparte,
que en el puro, lejano horizonte
se levanta la brisa del sur:
y la zona que oscura lo ciñe
cual la luz presurosa se tiende,
y del mar, cuyo espejo se hiende,
muy más bello parece el azul.

ODA AL SOL

Yo te amo, ¡oh Sol! tú sabes cuán gozoso,
cuando en las puertas del oriente asomas,
siempre te saludé. Cuando tus rayos
nos arrojas fogoso
desde tu trono en el desierto cielo,
del bosque hojoso entre la sombra grata
me deleito al bañarme en la frescura
que los céfiros vierten en su vuelo;
y a mil cavilaciones me abandono
de inefable dulzura
cuando reclinas la radiosa frente

en las trémulas nubes de occidente.

Empero el opulento en su delirio
solo de vicios y maldad ansioso,
rara vez alza a ti su faz ingrata.

Tras el festín nocturno, crapuloso
tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
y tu fuego le ofende
tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
¡Oh! si el oro fatal cierra las almas
a admirar y gozar, yo le desprecio;
disfruten otros su letal riqueza,
y yo contigo mi feliz pobreza

¡Oh! ¡cuánto en el Anahuac
por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
mirábase encorvado
hacia la tumba oscura:
en el invierno rígido, inclemente
me viste, al contemplar tu tibio rayo,
triste acordarme del fulgor de mayo,
y alzar a ti la moribunda frente.
¡«Dadme, (clamaba), dadme un sol de fuego
y bajo el agua, sombras, y verdura,
y me veréis feliz!...» Tú, Sol, tu solo
mi vida conservaste: mis dolores
cual humo al Aquilón desaparecieron,
cuando en Cuba tus rayos bienhechores
en mi pálida faz resplandecieron.

Mi patria... ¡Oh Sol! Mi suspirada Cuba
¿A quién debe su gloria,
a quién su eterna, virginal belleza?
Solo a tu amor. Del Capricornio al Cáncer
en giro eterno recorriendo el cielo,
jamás de ella te apartas, y a tus ojos
de cocoteros cúbrese y de palmas,
y naranjos preciosos, cuya pompa
nunca destroza el inclemente hielo:
tus rayos en sus vegas
desenvuelven los lirios y las rosas,
maduran la más dulce de las plantas,
y el café las sales deliciosas.
Cuando en tu ardor vivifico las viertes
larga fuente de vida y de ventura

¿No te gozas, ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas a veces también por nuestras cumbres

truenan la tempestad. Entristecido
velas tu pura faz, mientras las nubes
sus negras olas por el aire ardiente
revuelven con furor, y comprimido
ruge el rayo impaciente,
estalla, luce, hiere, y un diluvio
de viento y agua y fuego se desata
sobre la tierra trémula, y el caos
amenaza tornar... Mas no, que lanzas
¡oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
la confusión de nubes y a la tierra
llega a dar esperanza. Ella anhelante
le recibe, sonrío, y rebramando
huye ante ti la tempestad: más puro
centella tu ancho disco en occidente.

Respira el mundo paz: bosque y pradera
se ornan de nuevas galas,
mientras al cielo con la tierra uniendo
el iris tiende sus brillantes alas.
¡Alma de la creación! Cuando el Eterno
del primitivo caos
con imperiosa voz sacó la tierra,
¿Qué fue sin tu presencia? Yermo triste,
do inmóviles reinaban
frialdad, silencio, oscuridad... Empero
la voz Omnipotente
dijo: ¡enciéndase el sol! y te encendiste,
y brotaste la luz, que en raudo vuelo
pobló los campos del desierto cielo.

¡Oh! ¡cuán ardiente, al recibir la vida
al curso eterno te lanzaste luego!
¡Cómo al sentir tu delicioso fuego,
se animó la creación estremecida!
La sombra de los bosques,
el cristal de las aguas,
las brisas y las flores,
y el rutilante cielo y sus colores
a una mirada tuya parecieron,
y el placer y la vida
su germen inmortal desarrollaron.

Y esos planetas, tu feliz corona,
te obedecen también: raudos giraban
sin órbita ni centro
del éter en las vastas soledades.
El Criador soberano sujetolos
a tu poder; y les pusiste rienda,
a tu fuerte atracción los enlazaste,
y en derredor de ti los obligaste
a que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres solo
criatura como yo y estrella débil
(Como las que arden por la noche umbría
en el cielo sin nubes) en presencia
de tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
omniscio, omnipotente, dirigiendo
con designios profundos
tantos millones férvidos de mundos,
reina en el corazón del universo.

Espejo ardiente en que el Señor se mira,
ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
ya con el rayo y espantoso trueno
al mundo lance su terrible ira;
gloria del Universo,
del empíreo señor, padre del día,
¡Sol! oye: si mi mente
alta revelación no iluminara,
en mi entusiasmo ardiente
a ti, rey de los astros, adorara.

EL ARCO IRIS

Arco sublime de triunfo
que adornas el vasto cielo
cuando su confuso velo
recoge la tempestad;
no al oráculo severo
de la alma filosofía
pregunta la mente mía
la causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo

de mi niñez deliciosa,
cuando tu frente radiosa
parábame a contemplar;
y estación te imaginaba
para que entre tierra y cielo
descansara de su vuelo
del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos fríos
explicar tu forma bella
para agradarme con ella
cual mi ignorancia feliz?
En lluvia fugaz convierten
el espléndido tesoro
de perlas, púrpura y oro,
que ardiente soñaba en ti.

Cuando a natura la ciencia
quita el misterioso encanto,
¡cuánto disminuye, cuánto
el brillo de su beldad!
¡Cuál ceden a yertas leyes
mil deliciosas visiones!
¡Cuán plácidas ilusiones
miramos, ¡ay! ¡disipar!

Pero el mismo Omnipotente
nos revela, arco divino,
tu origen y tu destino
con su palabra inmortal,
al dibujarse tu frente
en el cielo y mar profundo,
al cano Padre del mundo
fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
la verde tierra te amaba,
cada madre a su hijo alzaba
a ver el arco de Dios.
El campo te daba incienso,
y aroma puro la brisa,
cuando en tu luz la sonrisa
del cielo resplandeció.

Y como entonces brillabas,
sereno brillas ahora,

y cual del mundo la aurora,
su fin tremendo verás:
que Dios, fiel a su promesa,
intacta guarda tu gloria,
para perpetua memoria
de que a la tierra dio paz.

De la música primera
sonó en tu honor el acento,
y del primer poeta el viento
oyó la mágica voz.
Sigue pues siendo mi tema,
símbolo de la esperanza,
fiel monumento de alianza
entre los hombres y Dios.

COMPOSICIÓN POÉTICA

(Al recibir el retrato de su madre)

Es ella, sí: la veneranda frente
que adoro mi niñez, de nuevo miro
con profunda emoción; aunque las huellas
del tiempo y del dolor tiene grabadas.
He aquí los ojos que mi débil cuna
estáticos velaban, y los labios
que con tierno cariño tantas veces
en mi pálida frente deponían
el santo beso maternal... Imagen
de la madre mejor y más amada
ven a mis labios, a mi ardiente seno,
y recibe las lágrimas que brotan
mis ojos mustios; llanto de ternura
y acaso de fatal remordimiento.
Sí, madre idolatrada: tus amores
tu anhelo por mi bien infatigable,
y tus lecciones de virtud sencilla
desatendí frenético... ¿Qué pago
recibiste de mí? Dolor y luto.
Precipité mis pasos imprudentes
tras el glorioso, espléndido fantasma
de inaccesible libertad. La ira
de celoso poder me hizo blanco,
y fulminó tremenda. ¡Cuántas noches

cuando los ojos de llorar cansados
cerrabas, te mostró la fantasía
mi sangriento patíbulo! Mi fuga,
y una separación tal vez eterna,
calmaron tu terror, no tus pesares.
¡Qué lágrimas ansiosas, de amargura,
te habrá tu primogénito costado,
prófugo, errante en extranjeros climas,
donde asentaron su fatal imperio
feroces odios, ambición tirana,
y fratricida bárbara discordia!

Y yo, madre, también tu triste ausencia
lamento inconsolable. Los prestigios
de mísero poder o fútil gloria
no me embriagaron, ni del pecho ansioso
borrar pudieron tu sagrada imagen.
De Temis en el templo venerando;
en la Silla curul, a que fortuna
elevome después; en el peligro
y excitación de bélico tumulto;
entre los brazos de adorada esposa
o las tiernas caricias de mis hijos,
recordé tus amores, y brotaba
de mis ardientes labios el suspiro.
Tres años ha que por la vez primera
desde el trono español se pronunciaron
los dulces ecos de la paz y olvido.
¡Oh! ¡cómo palpité!... La fantasía
en mágica ilusión mostrome abiertos
los campos deliciosos de mi Cuba
y entre sus cocoteros y sus palmas,
al margen de sus plácidos arroyos,
con mi familia cara y mis amigos
me hizo vagar. Al agitado pecho
pensé estrechar a las hermanas mías,
a mi madre inundar en llanto dulce
de inefable ternura, y en su seno
deponer a mis hijos... Mas ¡sañudo
arbitrario poder frustró mis votos;
que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,
de viles siervos abatida sierva,
no es dado el hacer bien ni al mismo trono,
cuyo querer eluden los caprichos
de Sátrapa insolente!... Se arrastraron
dos lustros y dos años dolorosos

de expatriación, de lágrimas y luto
y en los hispanos pechos implacable
arde vivo el rencor...

Mas a despecho

del odio suspicaz y la venganza,
yo, madre, te veré. Cuando benigna
primavera genial restaure el mundo,
las turbulentas olas del Océano
hendiremos los dos, y venturoso
del Hudson en las fértiles orillas
te abrazaré. Tu imagen venerada
será entretanto mi mayor consuelo.
Mostrándola a mis hijos cada día,
enseñareles con afán piadoso
a que te amen, respeten y bendigan,
y oren por ti sus inocentes labios.

Ella en este desierto de la vida
será para mis ojos vacilantes
astro sublime de virtud. Al verla,
tus augustos consejos recordando,
fiel les seré, y a Dios enardecido
elevaré mis incesantes votos
porque a tus brazos me conduzca. Sea
báculo a tu vejez tu primer hijo,
y en asilo rural, feliz oscuro,
te haga olvidar las anteriores penas
con amantes cuidados y caricias.
Aquesto y nada más, demando al cielo.
Y tú, dulce Agustín, a quien los lazos
de la sangre y amor conmigo unieron,
a quien debo tal don, recibe ahora
mi gratitud. -Si mis humildes versos
perdona el tiempo audaz, tu caro nombre
ellos dirán a los futuros siglos,
de piadosa amistad para modelo.

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

(Romance)

De otoño el viento la tierra
llenaba de hojas marchitas,
y en el valle solitario

mudo el ruiseñor yacía.

Solo y moribundo un joven

lentamente recorría
el bosque donde jugaba
en sus niñeces floridas.

«A Dios, adorado bosque,
voy a morir, le decía,
y mi fin desventurado
tus hojas ¡ay! vaticinan.

La enfermedad que mi seno
está devorando impía,
pálido, cual flor de otoño,
hacia el sepulcro me inclina.

Apenas breves instantes
disfruté la dulce vida,
y siento mi primavera
cual sueño desvanecida.

Caed, efímeras hojas
y por el suelo tendidas,
a mi desolada madre
ocultad mi tumba fría.

Mas si mi amante velada
viene en la tarde sombría
a llorar en mi sepulcro,
agitándoos conmovidas,
despertad mi triste sombra
y su fiel llanto reciba.»

Dijo, ¡y partió... para siempre!
Murió, y al tercero día
la sepultura le abrieron
debajo la árida encina.

Su madre (¡ay! por poco tiempo)
vino a llorarle afligida;
pero no su infiel amante
como el infeliz creía.

Solo del pastor los pasos

en aquella selva umbría
perturban hoy el silencio
en torno de sus cenizas.

SOBRE LA POESÍA

(Oda)

¡Alma del universo, Poesía!
Tu aliento vivifica, y semejante
al soplo abrasador de los desiertos,
en su curso veloz todo lo inflama.
¡Feliz aquel que la celeste llama
siente en su corazón! Ella le eleva
al bien, a la virtud: ella a su vista
hace que rían las confusas formas
del gozo por venir: contra el torrente
del infortunio bárbaro le escuda,
haciéndole habitar entre los seres
de su creación; con alas encendidas
osada le arma, y vuela
al invisible mundo,
y los misterios de su horror profundo
a los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiración! ¡oh! ¡cuántas horas
de inefable deleite
concediste benigna al pecho mío!
En las brillantes noches del estío
grato es romper con la sonante prora,
largo rastro de luz tras sí dejando,
del mar las ondas férvidas y oscuras;
grato es trepar los montes encumbrados,
o a caballo volar por las llanuras.

Pero a mi alma fogosa es muy más grato
dejarme arrebatado por tu torrente,
y ornada en rayos la soberbia frente,
escuchar tus oráculos divinos,
y repetirlos; como en otro tiempo
de Apolo a la feliz sacerdotisa
Grecia muda escuchaba,
y ella de sacro horror se estremecía,
y el fatídico acento repetía

del dios abrasador que la agitaba.

Hay un genio, un espíritu de vida
que llena el universo: él es quien vierte
en las bellas escenas de natura
su gloria y majestad: él quien envuelve
con su radioso manto a la hermosura
y da a sus ojos elocuente idioma,
y música a su voz: él quien presta
el hechizo funesto, irresistible,
que embriaga y enloquece a los mortales
en su sonrisa y su mirar: él sopla
del mármol yerto las dormidas formas,
y las anima, si el cincel las hiere.
Él en Fedra, en Tancredo, y en Zoraida
nos despedaza el corazón: o blando
con Anacreón y Tíbulo y Meléndez
del deleite amoroso nos inspira
la languidez dulcísima: o tronando
nos arrebató en Píndaro y Herrera
y el ilustre Quintana, a las alturas
de la virtud sublime y de la gloria.

Por él Homero al furibundo Aquiles
hace admirar, Torcuato a su Clorinda,
y Milton, más que todos elevado,
a su ángel fiero, de diamante armado.
Por do quiera este espíritu reside;
mas invisible. Del etéreo cielo
baja y se manifiesta a los mortales
en la nocturna lluvia y en el trueno.
Allí le he visto yo: tal vez sereno
vaga en la luz del sol, cuando este inunda
al cielo, tierra y mar en olas de oro:
de la música tiembla en el acento.
Ama la soledad: escucha atento
de las aguas con furia despeñadas
el tremendo fragor. Por el desierto
los vagabundos árabes conduce,
soplando entre sus pechos agitados
un sentimiento grande, indefinido,
de agreste libertad. En las montañas
se sienta con placer, o de su cumbre
baja, y se mira del Océano inmóvil
en el hondo cristal, o con sus gritos
anima las borrascas. Si la noche

tiende su puro y centellante velo,
en la alta popa reclinado inspira
al que estático mira
abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ansia de gloria noble y bella:
yo de su lauro en el amor palpito,
y quisiera en el mundo que hoy habito
de mi paso dejar profunda huella.
De tu favor, espíritu divino,
puedo esperarlo, que tu aliento ardiente
vive eterno y da vida: los mortales
a quienes genio dispensó el destino,
ansiosos corren a la sacra fuente
que tu fogosa inspiración recibe.
El mundo a sus afanes apercibe
indigno galardón. Cuando los cubre
vestidura mortal, vagan oscuros
entre indigencia y menosprecio: acaso
de sacrílega mofa son objeto.
Al cabo mueren, y sus almas tornan
a la fuente de luz de que salieron,
y entonces a despecho de la envidia,
un estéril laurel brota en sus tumbas.
Brota, crece, y ampara las cenizas
con su sombra inmortal; pero no enseña
a los hombres justicia, y cada siglo
ve repetir el drama lamentable,
sin piedad ni rubor. Divino Homero,
Milton sublime, Taso desdichado y
¡vosotros lo diréis! Empero el genio
al infortunio arrostra: sus oídos
halagan los aplausos que su canto
recibirá feliz en las regiones
del porvenir. Su gloria, su desgracia
excitarán la dulce simpatía,
en la posteridad, de los crueles
que a miseria y dolor le condenaron,
desde la tumba reinará: las bellas
con respeto y ternura suspirando,
pronunciarán su nombre: ya centella
a sus ojos la lágrima preciosa
que arrancarán sus páginas ardientes
a la sensible hermosa.
La ve, palpita, se enternece, y fuerte
de la cruel injusticia se consuela,

y esperando su triunfo de la muerte,
al seno del Criador gozoso vuela.

¡Dulcísima ilusión! ¿Quién ha podido
defenderse de ti, si no ha nacido
yerto como los mármoles y troncos?
¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero!...
Algunas efusiones de mi musa
me sobrevivirán, y mi sepulcro
no ha de guardarme entero:
tal vez mi nombre, que el rencor proscribiera,
resonará de Cuba por los campos
de la fama veloz en la trompeta.

Al ver como su lienzo se animaba,
el Corregio exclamaba:
¡Yo también soy pintor!... Yo soy poeta.

FRAGMENTO

(De un poemita sobre los progresos de las ciencias)

La física incansable, indagadora,
analiza la gran naturaleza.
Elevándose al éter Galileo
entre persecuciones y peligros,
de inquisidor fanático a despecho
consagrados errores disipando,
su libertad reivindicó a la mente.
Armó de nuevos ojos al humano,
la noble frente a Júpiter sublime
coronó de satélites, y a Febo
sentó en inmóvil, refulgente trono.

El volador corneta vagabundo
de siglo en siglo iluminaba el cielo
con siniestro fulgor, vaticinando
fúnebre porvenir. La ciencia osada
midió por fin su elíptico sendero,
anunció su venida, despojole
de usurpado terror, y el astro humilde
obedeció del sabio los decretos.

Torricelli, Pascal, su peso miden

a la impalpable atmósfera: encerrado
en férreo tubo el aire se desata
y feroz ante sí lanza la muerte.
Hijo del sol el septiforme rayo
por cristalino prisma dividido,
entre la obscuridad que le circunda,
hace brillar del iris los colores.
En el convexo lente deja dócil
su fulgente corona, y concentrado
se arma feroz de innumerables puntas,
y a los metales, y al diamante muerde.

En primorosa imitación la Esfera
rueda en sus ejes, dividiendo el año,
hace girar en su órbita la tierra,
y de ella en pos a la inconstante luna.
A la vista Saturno aproximado
revuelve sus anillos misteriosos
que oculta o muestra: Júpiter eclipsa
sus brillantes satélites, y el sabio
nota el momento, y las distancias mide.
El imanado acero en equilibrio
busca del norte la querida estrella,
y en el inmenso mar, en negra noche,
fija su rumbo al navegante incierto.
El agua del calor atormentada,
o al choque de la eléctrica centella
en diferentes gases convertida,
a la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito a los ojos
Estalla y luce simulado rayo,
que enseñó la atracción del verdadero,
y pudo el hombre desarmar las nubes.

Del Galvanismo al poderoso impulso
tiembla y se agita el pálido cadáver
con misteriosa convulsión, y casi
duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna
del microscopio mágico en el seno;
y en sus miembros y espalda cristalina
centenares de músculos se cruzan.
En un grano de polvo imperceptible
hierven insectos mil, y nuevos mundos

a la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos
la química sorprende a los metales,
y su corriente sólida persigue.
La acción devoradora de la llama
hace brotar de calcinadas piedras
el líquido mercurio, y resplandece
entre la arena vil, pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo
hinche ligero gas: en él suspenso
deja la tierra el físico atrevido,
con rápido volar hiende las nubes;
muy más allá de su región oscura
bebe del sol purísima la lumbre,
y sobre un horizonte ilimitado
los desiertos del Éter señorea.

(Fin del fragmento impreso).

A MI PADRE EN SUS DÍAS

(Romance)

Cuando feliz tu familia,
se dispone, caro padre,
a solemnizar la fiesta
de tus plácidos natales,
yo, el primero de tus hijos,
también primero en lo amante,
hoy lo mucho que te debo
con algo quiero pagarte.
¡Oh! ¡cuán gozoso repito
que tú de todos los padres
has sido para conmigo
el modelo inimitable!
De mi educación el peso
a cargo tuyo tomaste,
y nunca a manos ajenas
mi tierna infancia fiaste.
Amor a todos los hombres
temor a Dios me inspiraste,
odio a la atroz tiranía

y a las intrigas infames.

Oye, pues y los tiernos votos
que por ti Fileno hace,
y que de su labio humilde
hasta el Eterno se parten.
Por largos años el cielo
para la dicha te guarde
de la esposa que te adora,
y de los hijos amantes.
Puedas ver a tus biznietos
poco a poco levantarse,
como los verdes renuevos
en que árbol noble renace,
cuando al impulso del tiempo
la frente sublime abate.
Que en torno tuyo los veas
triscar y regocijarse,
y entre cariño, y respeto
inciertos y vacilantes,
halaguen con labio tierno
tu cabeza respetable.

Deja que los opresores
osen faccioso llamarte,
que el odio de los perversos
da a la virtud más realce.
En vano blanco te hicieron
de sus intrigas cobardes
unos reptiles impuros,
sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos!... Empero
tu alta virtud depuraste,
cual oro al crisol descubre
sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
esos honrosos pesares,
y si fueras más dichoso
me fueras menos amable.
De la triste Venezuela
Oye al pueblo cual te aplaude,
llamándote con ternura
su defensor y su padre.

Vive pues en paz dichosa:
jamás la calumnia infame

con hábito pestilente
de tu honor la luz empañe;
entre tus hijos te vierta

salud bálsamo suave,
y amor te brinde risueño
las caricias conyugales.

A MI PADRE

(Encanecido en la fuerza de su edad)

Es el sepulcro puerta de otro mundo:
los sabios y los buenos
así lo afirman, y de espanto llenos
tiemblan los malos, a su horror profundo.

¡Verdad sublime! ¡Oh padre! Bastaría
tu virtud elocuente
a demostrarla, y a librar mi mente
de los tormentos de la duda impía.

Deja que vil calumnia se prepare
porque has obedecido
el mandato del Dios que ha prometido
piedad y amor a quien piedad usare.

Los pueblos te bendicen: ellos fueron
de tu virtud testigos,
y cargan a tus torpes enemigos
la justa execración que merecieron.

No tus canas fijó del tiempo el vuelo,
sí noble desventura...
¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura
no prueba, di, su intermediación al cielo?

CARÁCTER DE MI PADRE

Integer vitæ, scelerisque purus
—(Horat.)

Candorosa virtud meció su cuna,

fiole Clío su pincel sagrado;
su espada Temis. Contrastó indignado
al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fue libre. De su frente pura
el ceño augusto fatigó al tirano,
cuya cobarde y vengativa mano
vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fue su ídolo. Piadoso
le hallaron el opreso y desvalido:
fue hijo tierno, patriota esclarecido,
buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres hacéis gloria,
él adoraba en vuestro altar augusto:
el polvo respetad de un hombre justo,
y una lágrima dad a su memoria.

RENUNCIANDO A LA POESÍA

(Soneto)

Fue un tiempo en que la dulce Poesía
el eco de mi voz hermozeaba,
y amor, virtud, y libertad cantaba
entre los brazos de la amada mía.

Ella mi canto con placer oía
caricias y placer me prodigaba,
y al puro beso que mi frente hollaba
muy más fogosa inspiración seguía.

¡Vano recuerdo! En mi destierro triste
me deja Apolo, y de mi mustia frente.
Su sacro fuego y su esplendor retira.

A Dios ¡oh Musa! que mi gloria fuiste:
A Dios, amiga de mi edad ardiente:
el insano dolor quebró mi lira.

A ROMA ANTIGUA

(Soneto)

Envuelta en sangre y pavoroso estrago
combate Roma con feroz anhelo:
llena el mundo su nombre, sube al cielo,
y las naciones tiemblan a su amago.

Su águila fiera por el aire vago
hiende las nubes con ardiente vuelo,
y apenas mira en el distante suelo
las ruinas de Corinto y de Cartago.

¿Qué la valió? Carbón, Mario implacable,
Y Sila, vengador, Y César fuerte
huellan del orbe a la infeliz señora

Y otros... ¡Oh! ¡Roma grande y miserable,
que ansiando lauros y poder de muerte
no supo ser de sí, reguladora!

ODA

Jamás puede un tirano
la cadena cargar al pueblo fuerte,
que enfurecido se alza, lidia, triunfa,
o sufre noble muerte.
¡Pueblos famosos de la antigua Grecia,
vosotros lo decid! En el orgullo
de su inmenso poder jura Darío
a torpe servidumbre someteros,
o a la disolución: estremecida
yace la tierra, y en silencio yerto
aguarda el yugo en estupor hundida.

Mas alza Atenas la sublime frente,
e impávida resiste
al furibundo asolador torrente,
que en su valor el ímpetu quebranta.

¡Campo inmortal de Maratón! Tú viste
de Milcíades magnánimo la gloria;
y luego en Salamina, y en Platea
Temístocles, Arístides, Pausanias,

triunfan, y en Grecia truena
de libertad el grito y de victoria.

¡Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo
cargarte el musulmán la vil cadena,
que cuatro siglos mísera sufriste?
Raza degenerada,

¿No el nombre de Leónidas oíste?
¿O el despotismo audaz ha devorado
las páginas de luz en que la historia
consagra los recuerdos
de tu antigua virtud y de tu gloria?

Mirad como se acerca enfurecido
el segundo Mahomet, y precedido
marcha de sangre y devorante fuego:
en vez de apercibirse, a los combates,
¡ved cuan pálido tiembla el débil griego!

¡Ignominia! ¡Baldón! Su negro manto
por Grecia desolada,
tiende la esclavitud, y el templo santo
profana el musulmán con sus furores.
Europa consternada se estremece
cuando la media luna destructora
a Bizancio domina, y vencedora
cual fúnebre cometa resplandece.

¿Dónde la Grecia fue? ¿dónde se oculta
de la brillante Atenas,
y de la fiera Esparta y de Corinto
el pasado esplendor? Miseria, sangre,
y muda esclavitud presenta solo
por cuatro siglos la moderna Grecia.
Sus vírgenes adornan el serrallo
de vil bajá: la yerba solitaria
crece en el Panteón abandonado.
El viajero, en escombros reclinado,
en vano busca suspirando ahora
la patria de las ciencias y las artes,
de Roma y de la tierra la instructora.
¡Ay! todo pereció: su triste anhelo
halla tan solo de la Grecia antigua
el aire puro y refulgente cielo.

Pero amanece del destino el día
y Grecia es libre ya. Se alzan sus hijos,
que ha poco la olvidaban,
o en languidez imbecil suspiraban
por el socorro infiel del extranjero.
Su genio majestuoso,
el de Aristógiton y Harmodio fiero,
deja la tumba, su radiosa frente
en el cabo de Ténaro levanta,
exclama ¡Libertad! ardiendo en ira,
esperanza y ardor al griego inspira,
y al feroz musulmán hiela y espanta.
Los númenes antiguos
se agitan bajo el mármol mutilado,
que murmura confuso ¡Guerra! ¡Guerra!
cual se oye por los senos de la tierra
vagar trueno profundo y dilatado.

Ya vuelan por la Grecia estremecida
de ¡Libertad! y ¡Gloria! y de ¡venganza!
Furibundos clamores:
levántanse oprimidos y opresores,
y ruje la matanza.
¡Nobles griegos, valor! ¡Que vuestros hijos
hereden libertad! Con fuerte mano
la barbarie frenad de ese vil pueblo,
crudo enemigo del linaje humano.

No invoquéis a los príncipes de Europa:
de su ambición en el furor celoso,
los esfuerzos de un pueblo generoso
con ceño miran y rencor insano.
En un déspota o rey ven un hermano,
y es déspota el sultán... Pero vosotros,
armados de valor y alta constancia
sin ellos triunfaréis. Cuando los padres
al morir en el campo de batalla,
a sus hijos encargan
sangrienta herencia de venganza y gloria,
aunque la lucha prolongarse puede,
segura es la victoria.

Mas ¿qué vago rumor hiere mi oído,
cual sordo trueno en nube tempestuosa
por los valles dilata su bramido?
¡Ved las sombras augustas de los héroes

abandonar las tumbas do gemían
su abandono fatal! Arma sus frentes
profunda indignación: brillan sus ojos
bien como rayo en la tormenta umbría,
y en sus diestras armadas
resplandecen vibrando las espadas.

«¡Imitadnos, prorrumphen, o atrevidos
nuestra gloria eclipsad! La loza abierta
os llama a combatir. La tiranía
por vuestros campos con aliento impuro
de fuego y sangre verterá un torrente;
mas no olvidéis que secará la fuente
a un diluvio de lágrimas futuro.

¿Cederéis? ¡No! ¡Jamás! Ventura, gloria
y libertad os guarda la victoria,
y la derrota esclavitud o muerte.
En vuestros jefes nuestro aliento fuerte
invisibles pondremos,
y a sus pasos do quier presidiremos.»

Y os inspiran, caudillos vengadores,
que al griego conducís a los combates
de ardor sublime y esperanza lleno.
¡Magnánimo Ipsilanti!

¡Noble Cantacuzeno!
Haced la independencencia de la Grecia,
y haced su libertad. La Grecia libre
supo arrostrar de Gerges y Darío
el inmenso poder: la Grecia esclava
al Musulmán cedió... ¡Lección terrible,
que aprovechar debéis! Europa entera
y de la noble América los hijos
guirnaldas tejen de laurel y rosas
que os adornen las frentes generosas.

Vuestro puro patriótico ardimiento
a nuestros nietos cantará la historia,
y en el augusto templo de la Gloria
de Washington a par tendréis asiento.

¡Oh! ¿No lo veis? De Grecia las montañas
fuego desolador va recorriendo,
y el Eurotas sonante y el Pamiso

escuchan retumbar en sus orillas
de áspera lid el tormentoso estruendo.
El grito ¡Libertad! los aires llena
y el Bósforo agitado
hasta Bizancio ¡Libertad! resuena.

Del sultán al mortífero decreto
se lanzan los genízaros... Miradlos
del griego vengador bajo la espada
desparecer, como al furor del fuego
la yerba de los campos desecada.
Salamina repítese y Platea;
Mas ¿qué valen? ¡Oh Dios! ¿Nunca se agota
el torrente de bárbaros?... ¡Oh! ¡vedlo
cual se renueva sin cesar y corre
como el flujo feroz del Océano
violento, asolador, irresistible!...
¡Oh ceguedad funesta, incomprendible
de matar y morir por un tirano!

¡Cuánta sangre y furor! Reyes de Europa,
¿Cómo en vuestros oídos
no suenan los tremendos alaridos
con que asordado el Bósforo retumba?
¡Oh! ¿Ser podréis fríamente espectadores
de la lucha de Grecia y sus horrores?
¿Esperáis de ese pueblo generoso
el exterminio?... Refrenad la furia
del musulmán fanático, y lanzadlo
a los desiertos de Asia, donde viva
sin matar ni oprimir. Aquesta guerra
útil, noble sagrada,
aceptarán con gozo las naciones;
del mundo excitaréis las bendiciones,
y el culto de la Grecia libertada.

¡Ay! mis ojos, ¡oh Grecia vengadora!
tu gloria no verán. La muerte fiera
de mi edad en la dulce primavera,
cual flor por el arado atropellada,
va a despeñarme en la región sombría
del sepulcro fatal. ¡Oh lira mía!
estos serán los últimos acentos
que haga salir de ti, mi débil mano.
Mas el hado no heló mi fantasía,
y en sus alas veloces conducido

vivo en el porvenir. Como un espectro,
del sepulcro en el borde suspendido,
dirijo al cielo mi postrero voto
porque triunfes ¡oh Grecia! Ya te miro
lanzar a los tiranos indignada,
y a la alma libertad servir de templo,
y al mundo escucho que feliz aplaude
victoria tal y tan glorioso ejemplo.

A Sila

Triunfante Sila, cuyo carro fiero
en las ruedas giró de la fortuna,
la antigua libertad desde tu cuna
fue tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste
no era ya la de Curcio y Cincinato
y Fabricio y Scipión: su pueblo ingrato
demandaba opresión, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro,
el senado magnífico de reyes
que al orbe sometido impuso leyes,
prostituyó el poder, vendiose al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,
capaz de esclavitud, no de obediencia,
enmudeció temblando en tu presencia
a fuerza de furor y proscipciones.

No fuiste vil por opresor: en vano
quisieras libertad: solo veías
crimen y esclavos. -En tan negros días
ya hubiera sido como tú, tirano.

Con todo tu furor, romano fuiste,
porque la alzaste al fin libre y señora,
y con una sonrisa aterradora
mas que mortal diadema deposiste.

Si tu brazo feroz a Roma oprime,
la liberta tu esfuerzo generoso:
tú no faltaste a tu valor glorioso,

faltó tu siglo a tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria
terror profundo en su grandeza inspira,
y a los ojos del mundo que te admira
aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre a los romanos
saludable lección. Así tu nombre,
que vivirá inmortal, tremendo asombre
a facciosos, cobardes y tiranos.

A WASHINGTON

(Oda escrita en Montverman)

Primero en Paz y en guerra,
primero en el afecto de tu Patria
y en la veneración del universo,
viva imagen de Dios sobre la tierra,
libertador, legislador y justo,

Washington inmortal, oye benigno
el débil canto, de tu gloria indigno,
con que voy a ensalzar tu nombre agosto.
¿Te Pintaré indignado
a la voz de la Patria dolorida
volar al arduo campo de la gloria,
y como Marte en el Olimpo armado
a la suerte mandar y a la victoria?
Magnánimo apareces;
ríndese Boston, y respira libre.

Vanamente el tirano
cuarenta mil esclavos lanza fiero
para extirpar el nombre americano.
Tú, sin baldón, al número cediste,
y acallando el espíritu guerrero,
a tu gloria la Patria preferiste.
Así del pueblo eterno los caudillos
al vencedor Aníbal contemplaron
con inmutable frente,
y la invasión rugiente
a la Pánico playa rechazaron.

Mas luego, en noche de feliz memoria,
del Delaware el vacilante hielo
ofreció a tu valor y patrio celo
el camino del triunfo y de la gloria.

La soberbia Británica humillada
es por último en York, y su caudillo
rinde a tus pies la poderosa espada.
El universo atónito saluda
a la triunfante América, y te adora
mientras que la Metrópoli sañuda
tu gloria bella y su baldón devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
de libertad la espada en tu alta mano,
el poder soberano
como insufrible carga deposiste.

Alzado a la primer magistratura,
de tu Patria la suerte coronaste,
y en cimientos eternos afirmaste
la paz, la libertad sublime y pura.

De años y gloria y de virtud cargado,
con mano vencedora
regir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te asentaste
de la fama en el templo,
y a la virtud, con inmortal ejemplo,
la fe del universo conservaste.

Cuando en noble retiro,
de oro y de crimen y ambición ajeno
tu espléndida carrera coronabas
en este bello asilo respirabas
pobre, modesto, y entre libres libre.
¡Oh Patomac! del orgulloso Tibre
no envidies, no, la delincuente gloria,
que no recuerda un héroe como el tuyo
del orbe todo la sangrienta historia.
Por la Francia feroz amenazada
vuelve a la Patria del peligro el día,
y en unánime voto al héroe fía
de libertad y América la espada.

Los rayos de la gloria

vuelven a ornar su venerable frente...
mas, ¡ay! desapareció, volando al cielo,
como de nubes en brillante velo
hunde el sol su cabeza en occidente.

¡Oh Washington! Protegen tu sepulcro
las capas de los árboles ancianos
que plantaron tus manos,
y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira,
el que tú respirabas,
paz y santa virtud al pecho inspira.
En la tumba modesta,
que guarda tus cenizas por tesoro,
ni luce el mármol ni centella el oro,
ni entallado laurel ni palmas veo.
¿Para qué, si es un mundo
a tu gloria inmortal digno trofeo?
Con estupor profundo
por tu genio creador lo miro alzado
hasta la cumbre de moral grandeza;
potente y con virtud, libre y tranquilo,
esclavo de las leyes,
del universo asilo,
asombro de naciones y de reyes.

A NAPOLEÓN

(Oda)

Conjunto incomprensible y asombroso
de oscuridad y luz, de nada y gloria;
astro a par ominoso
a libertad y reyes, elevado
por una tempestad a tal altura
por otra tempestad de ella lanzado,
que solo has igualado
con tu desgracia inmensa tu ventura.

¡Divinidad mortal! Bajo tu planta
su alta cumbre los Alpes inclinando,
un camino triunfal te preparaban.
Tu señal aguardaban
los elementos, mientras disipando

las tempestades de lluviosa noche
para alumbrar tus fiestas,
el sol desde su carro te anunciaba.
Europa te miraba
con un horror profundo;
y de tu voz fatídica el acento,
de tus ojos bastaba un movimiento
a conmover el mundo.

Tu soplo animador del caos sacaba
las olvidadas leyes.
A los vastos despojos de los reyes
tu imagen insultaba
sobre mil y mil bronces, que cautivos
al orbe tus hazañas referían.
A tu querer los cultos renacían,
de su fraternidad ya se pasmaban,
y en los altares, que juntos humeaban,
por ti sus oraciones confundían.
«Conserva ¡oh Dios!, decían,
al héroe del Tabor: ¡dale victoria!
Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tíbre!»
¡Por qué añadir entonces no pudieron
para colmar tu gloria:
«Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre!»

Si quisieras reinaras todavía.
Hijo de libertad, la destronaste:
su exterminio juraste
en tu soberbia impía.
Mas la tumba que se abre
a la diosa inmortal, tarde o temprano
hiela en su sombra fría
el necio orgullo del mayor tirano.

¿En tu ambición furiosa
fe, justicia o derechos respetaste?
En vano ya te fuera
la España generosa
de gloria y de peligros compañera.

Esclava la anhelaste;
mas no quisiste unir otra diadema
a tu doble corona, y en su trono
un simulacro tuyo colocaste.

Mas no: sus sacerdotes y guerreros
a la lid mutuamente se excitaron.
Supersticiosos, fieros
los pueblos al clamor se levantaron.
¡Presagio pavoroso! Las campanas
por invisible mano sacudidas,

¡Alarma! resonaban.
Las estatuas antiguas retemblaban
y llanto se veía
en sus ojos inmóviles: la sangre
del Salvador divino de la tierra
en sus yertas imágenes corría.
Por la noche los muertos vagueaban
y los fúnebres gritos ¡Guerra! Guerra!
do quiera los sepulcros exhalaban.

Una noche... ¡Atended! Era la hora
en que los sueños lúgubres anuncian
del sepulcro sombroso
la triste voz; en que el segundo Bruto
vio a su genio enlutado
alzarse en el horror de las tinieblas;
en que el feroz Ricardo, atormentado
por sueño sin reposo,
los manes vio de su familia entera
maldecirle y gritar: «¡Aquesta, impío,
es tu noche postrera!»

Solo, en silencio Napoleón velaba;
la fatiga inclinaba
su frente poderosa
sobre la carta inmóvil, que sus ojos
solo confusamente
miraban: tres guerreras, tres hermanas,
a su vista se ponen de repente.
Pobre y sin atavíos la primera,
una virgen romana parecía,
morena al brillo de abrasado cielo.

Su alta frente ceñía
simple ramo de encina: se apoyaba
en un roto estandarte, y recordaba
un día sublime de inmortal memoria.
Brillaban tres colores
en sus girones, al francés sagrados,

del humo ennegrecidos, destrozados,
Pero por la victoria.

«Te conocí soldado:
¡Salud! hete ya rey, ella dijera:
de Marengo la espléndida jornada
en tus fastos de gloria
después de yo se encuentra colocada.
Soy su hermana mayor; la que en Arcole
protegí tu carrera,
dictándote la voz airada, fuerte,
que el valor de los tuyos reanimara,
cuando tan grande te miró la muerte,
que en medio a rayos mil te respetara.»

«Trocaste en cetro de hierro
mi bandera profanada.
¡Tiembra! Tu estrella eclipsada
palidecer miro yo.
¡La fuerza no tiene apoyo
cuando sin freno se mira
a Dios! Tu reinado espira
y ya tu gloria pasó.»

Sobre su frente la segunda unía
a la brillante palma del desierto
los tesoros que encierra Alejandría.
El fuego con que el sol a Egipto inunda
sus ojos encendía.
En los hijos de Omar ensangrentada
ostentaba su mano por trofeo,
de Julio César la terrible espada,
y el ilustre compás de Tolomeo.

«Te conocí de Francia desterrado
¡salud! hete ya rey; ella dijera.
Del famoso Tabor la gran jornada
en tus fastos de gloria
después que yo se encuentra colocada.
Soy su hermana mayor; te debo el nombre
que al pie de las Pirámides obtuve.
¡Nombre inmortal! del Nilo en las orillas
vi los turbantes de Ismael hollados
por tus caballos rápidos. Las artes
a sus hijos preciados
allí bajo tu egida colocaban,

cuando al polvo de Menfis y de Tebas
sus misterios augustos preguntaban.

Si te extraviaste entonces
en tu glorioso vuelo,
fue cual águila noble, que fijando
la vista al sol, y tras la luz volando,
en los desiertos piérdese del cielo.»

«Bajo tu cetro de hierro
La quisiste ver ahogada
¡Tiembra! tu estrella eclipsada
palidecer miro yo.
La fuerza no tiene apoyo
cuando sin freno se mira.
¡A Dios! Tu reinado espira
Y ya tu gloria pasó.»

La postrera... ¡Oh piedad! Sus manos bellas
cadenas oprimían. Con los ojos
clavados en la tierra, do sus pasos
dejaban ¡ay! ¡ensangrentadas huellas,
se acercaba temblando,
perece, no se rinde! murmurando.
¡Lejos de ella la pompa, y los tesoros
con que feliz victoria se atavía!
Pero cipreses bellos, cual laureles,
su noble frente coronaban fieles,
como guirnalda fúnebre y sombría.

«No me conocerás hasta la hora
que dejes de reinar: ¡escucha y tiembra!
Ninguna otra jornada
se ha de ver en tus fastos colocada
en pos de mí. Tampoco
Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
seré a la tierra de valor y pena.
Libertaré a los reyes oprimidos,
a los pueblos pasando su cadena.
Los siglos dudarán, al ver tu historia,
si tus soldados fuertes,
de tanta y tanta hazaña escombros vivos,
compañeros antiguos de tu gloria,
mas grandes parecieron
en un día solo que revés sufrieron,
que en veinte años de dicha y de victoria.»

«Yo al fin echaré del cielo
tu estrella triste, eclipsada,
y quebraré con tu espada
tu cetro férreo y atroz.
La fuerza no tiene apoyo
cuando sin freno se mira
¡Tiembla! Tu reinado espira
y ya tu gloria pasó.»

Dijo: las tres al cielo
encaminaban ya su raudo vuelo,
y aún el guerrero atónito escuchaba
el fatídico acento, que pesaba
sobre su alma oprimida.
Mas al redoble del tambor guerrero
se disipó su imagen importuna,
cual la pálida lumbre de la luna
del sol ardiente al esplendor primero.

Creyendo haber domado
los hijos fieros de Pelayo fuerte,
sube otra vez al carro vagabundo
en que llevar pensaba por el mundo
la esclavitud y muerte.
De un salto pasa por su vasto imperio.
Sus caballos fogosos, anhelantes,
que se desfallecían
bajo el cielo del sur fiero, abrasado,
para refrigerarse ya bebían
del Beresina helado.

Fiado en estrella infiel se adormecía,
por lisonjeros viles fascinado,
y cuando ya caía,
de la tierra el imperio meditaba.
Abrió los ojos al fragor del rayo,
y ¿dónde se encontró? Sobre una roca
do a todos los monarcas inquietaba
con su vida importuna.

Mas presente do quier se le miraba,
grande cual su desgracia, destronado,
pero inimitable, alzado
en los escombros, ¡ay! de su fortuna.

Quedó Europa vacía,
y cubierta de luto la victoria.
Así de falta en falta,
de tormenta en tormenta,
vino a morir sobre el escollo estéril
do naufragó su gloria.
En torno de su tumba murmurando
el mar su pena ostenta.

Te recibió un peñasco
sin corona, y sin vida
cuando antes contenerte no pudiera
un imperio vastísimo. A la tumba
contigo descendieron
tu imperial porvenir, tu dinastía,
de tarde en ella el pescador reposa,
y sus pesadas redes levantando,
se aleja lentamente, cavilando
en su trabajo del siguiente día.

SONETO A NAPOLEÓN

Sin rey ni leyes, Francia desolada
de anárquico furor cayó en la hoguera:
salvóla Bonaparte: lisonjera
la gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló a su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa;
en Moscou, en Madrid su águila fiera,
en Roma y Viena y en Berlín vio alzada.

¡Cómo cayó!... Vencido, abandonado
en un peñasco silencioso espira,
dando ejemplo a los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,
clama la historia, que su genio admira:
No hay opresor por fuerte irresistible.

MEDITACIÓN MATUTINA

Pasé la noche tranquila
en el sueño sepultado,
y por la luz despertado,
saludo el sereno albor.
Como si naciese ahora
siento y gozo la existencia:
mi alma cobra su potencia,
y a ti se eleva, ¡Señor!

Tu mano sabia me guíe
por el arduo laberinto
en cuyo triste recinto
vagaré mi incierto pie.
Y protéjame tu escudo
del crimen y sus furores
de los peligros y errores
que débil arrostraré.

Presto cerrará mis ojos
otro sueño más profundo;
noche más larga del mundo
el cuadro me velará.
Pero siempre mi flaqueza
sostendrá tu mano fuerte,
y aún más allá de la muerte
piadosa me salvará.

Ese sueño misterioso
debe terminar un día,
y esa tiniebla sombría
disipará tu esplendor.
Me inundará luz eterna,
rasgado el fúnebre velo,
y las delicias del cielo
me dará tu inmenso amor.

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO

(Epitafio)

Al brillar la razón a su alma pura,
miró los males del doliente suelo:
gimió; y los ojos revolviendo al cielo,
voló buscando perenal ventura.

LOS RECUERDOS

(Letrilla)

Salve, asilo solitario
de mis amores testigo,
cuando en tu techo conmigo
la triste Laura vivió.
¡Ay! esta joven, objeto
de mi dolor y ternura,
descansa en la sepultura
que sus gracias devoró.

En esta calle sombrasa
a mi lado paseaba,
y con delicia pensaba
que nos íbamos a unir.
Con ceguedad la infelice
condenada por la suerte,
ya en los brazos de la muerte,
me hablaba de porvenir.

Una lánguida sonrisa
vagaba por su semblante,
y disipaba un instante
su profunda palidez.
Y yo triste, desolado,
viendo con terror su calma,
en el fondo de mi alma
lloraba ya mi viudez...

...¿Mas entre los matorrales
del alto bosque en la orilla
resuena la campanilla?...
¡Oh recuerdo de dolor!
Es la cabra, que muy tarde
a su seno desecado
un bálsamo regalado
en su leche prodigó.

Guárdala, cabra querida,
de toda extranjera mano.
Un día, tal vez ya cercano,

de ti necesitaré.
Marchita siento inclinarse
la flor de mi vida triste:
el favor que a Laura hiciste
lánguido te pediré.

Pero ya baja la noche
y su tenebroso velo
envuelve la tierra y cielo
en silencio y en horror.
En la oscuridad profunda
aun la casa ver quisiera
donde ya nadie me espera,
donde no habita mi amor.

LA FLOR

Flor solitaria y modesta
que del valle fuiste honor,
tus restos vayan marchitos
al soplo del aquilón.

Igual suerte nos oprime;
cedemos al mismo Dios;
una hoja te quita el viento;
y un placer me dice, a Dios.

Ayer la bella pastora
viendo tu fresco verdor,
que su hermosura realzaras
envanecida esperó.

Mas ¡ay! Sobre el mustio tallo
te inclinaste con dolor,
y su amante cuidadoso
encontrarte no logró.

A su vuelta suspiraba:
no te aflijas ¡oh pastor!
aún vive tu fiel amante;
solo perdiste la flor.

Mísero! mi dulce amiga
como una sombra pasó

y la dicha de mi vida
cual sueño se disipó.

Bella fue, joven y amable:
su brillo se marchitó,
y tres veces en su tumba
la yerba reverdeció.

¡Ay! escuchar imagino
su dulce argentada voz
y que me dice: «Te aguardo:
¿Olvidaste ya mi amor?»

A ELPINO

(Oda)

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce
otro cielo ni sol que de su Patria!
¡Ay! ¡si ventura tal contar pudiera!
Tú, empero, partes, y a la dulce Patria
tornas... ¡Dado me fuera
tus pisadas seguir! ¡Oh cuán gozoso
tu triste amigo oyera
el ronco son con que la herida playa
al terrible azotar del Océano
responde largamente! Sí; la vista
de sus ondas fierísimas, hirviendo
bajo huracán feroz, en mi alma vierte
sublime inspiración, y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo
al vórtice rugiente me lanzara.

¡Oh! ¡cómo palpitante saludara
las dulces costas de la Patria mía,
al ver juntada su distante sombra
en el tranquilo mar del mediodía!
Al fin llegado al anchuroso puerto,
volando a mi querida,
el agitado pecho la estrechara,
¡y a su boca feliz mi boca unida
las pasadas angustias olvidara!

Mas ¿a dónde me arrastra mi delirio?

Partes, Elpino y partes y tu ausencia
de mi alma triste acrecerá el martirio.
¿Con quién ¡ay Dios! ahora
hablaré de mi Patria y mis amores,
y aliviaré gimiendo mis dolores?
El bárbaro destino
del Texcoco en las márgenes ingratas
me encadena tal vez hasta la muerte.
Hermoso cielo de mi hermosa Patria,
¿no tornaré yo a verte?...

A Dios, amigo: venturoso puerto
a mi amante verás... Elpino, dila
que el mismo Fileno
le amará hasta morir... Dila cual gimo
lejos de su beldad, y cuántas veces
regó mi llanto sus memorias caras.
Cuéntale de mi frente, ya marchita,
la palidez mortal... ¡A Dios, Elpino:
a Dios, y sé feliz! Vuelve a la Patria,
y cuando tu familia y tus amigos
caricias te prodiguen, no perturbe
tu cumplida ventura
de Fileno doliente la memoria.
Mas luego no me olvides, y piadoso
cuando recuerdes la tristeza mía,
un suspiro de amor de allá me envía.

EN MI CUMPLEAÑOS

(Oda)

Gustavi paululum mellis et ecce morior.
-(I Reg. XIV.)

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados
ya diez y nueve abrils desde el día
que me viera nacer, y en pos volaron
mi niñez, la delicia y el tormento
de un amor infeliz...
Con mi inocencia
fui venturoso hasta el fatal momento
en que mis labios trémulos probaron
el beso del amor... ¡Beso de muerte!
¡Origen de mi mal y llanto eterno!

Mi corazón entonces inflamaron
del amor los furores y delicias,
y el terrible huracán de las pasiones
mudó en infierno mi inocente pecho,
antes morada de la paz y el gozo.
Aquí empezó la bárbara cadena
de zozobra, inquietudes, amargura
y dolor inmortal, a que la suerte
me ató después con inclemente mano.
Cinco años ha que entre tormentos vivo,
cinco años ha que por doquier la arrastro,
sin que me haya lucido un solo día
de ventura y de paz. Breves instantes
de pérfido placer, no han compensado
el tedio y amargura que rebosa
mi triste corazón, a la manera
que la luz pasajera
del relámpago raudo no dirigía
el horror de la noche tempestuosa.

El insano dolor nubla mi frente
do el sereno candor huir se vía,
y a mis amigos plácidos reía;
marchitando mi faz, en que inocente
brillaba la expresión que amor inspira
al rostro juvenil... ¡Cuán venturoso
fui yo entonces! ¡oh Dios! Pero la suerte
bárbara me alejó de mi adorada.
¡Despedida fatal! ¡Oh postrer beso!
¡Oh beso del amor! Su faz divina
miré por el dolor desfigurada.
Díjome ¡A Dios! sus ayes
sonaron por el viento,
y ¡A Dios! la dije en furibundo acento.

En Análmac mi fúnebre destino
guardábanme otro golpe más severo,
mi padre, ¡Oh Dios! mi padre, el más virtuoso
de los mortales... ¡Ay! la tumba helada
en su abismo le hundió. ¡Triste recuerdo!
Yo vi su frente pálida, nublada
por la muerte fatal... ¡Oh! cuán furioso
maldije mi existencia,
y osé acusar de Dios la providencia.
De mi adorada en los amantes brazos
buscando a mi dolor dulce consuelo,

quise alejarme del funesto cielo
donde perdí a mi padre. Moribundo
del Análmac volé por las llanuras,
y el mar atravesé. Tras él pensaba
haber dejado el dardo venenoso
que mi doliente pecho desgarraba;
mas de mi Patria saludé las costas,
y su arena pisé, y en aquel punto
le sentí más furioso y ensañado
dentro mi corazón. Hallé perfidia
y maldad y dolor...

Desesperado
de fatal desengaño en los furoros
ansié la muerte, detesté la vida:
¿Qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amores?
Solo, insociable, lúgubre y sombrío,
como el pájaro triste de la noche,
por doce lunes el delirio mío
gimiendo fomenté. Dulce esperanza
vislumbrome después: nuevos amores,
nueva inquietud y afán se me siguieron.
Otra hermosura me halagó engañosa
y otra perfidia vil. ¿Querrá la suerte
que haya de ser mi pecho candoroso
víctima de doblez hasta la muerte?
¡Mísero yo! ¿y he de vivir por siempre
ardiendo en mil deseos insensatos,
o en tedio insoportable sumergido?

Un lustro ha que encendido
busco ventura y paz, y siempre en vano.
Ni en el augusto horror del bosque umbrío,
ni entre las fiestas y pomposos bailes
que a loca juventud llenan de gozo,
ni en el silencio de la calma noche,
al esplendor de la callada luna,
ni entre el mugir tremendo y estruendoso
de las ondas del mar hallarlas pude.
En las fértiles rejas de mi Patria
ansioso me espacié; salvé el Océano,
trepé los montes que de fuego llenos
brillan de eterna nieve coronados,
sin que sintiese lleno este vacío
dentro del corazón. Amor tan solo
me lo puede llenar, él solo puede

curar los males que me causa impío.

Siempre los corazones más ardientes
melancólicos son: en largo ensueño
consigo arrastran el delirio vano
e impotencia cruel de ser dichosos.
El sol terrible de mi ardiente Patria
ha derramado en mi alma borrascosa
su fuego abrasador: así me agito
en inquietud amarga y dolorosa.

En vano ardiendo con aguda espuela
al generoso, volador caballo
por llanuras anchísimas lanzaba,
y su extensión inmensa devoraba,
por librarme de mí: tan solo al lado
de una mujer amada, y que me amase
disfruté alguna paz. -Lola divina,
el celeste candor de tu alma pura
con tu tierna piedad templó mis penas,
me hizo grato el dolor... ¡Ah! vive y goza;
sé de Cuba la gloria y la delicia;
pero a mí ¿qué me resta, desdichado,
sino solo morir?...

Do quier que miro
el fortunado amor de dos amantes,
sus dulces juegos e inocente risa,
la vista aparto, y en feroz envidia
arde mi corazón. En otro tiempo
anhelaba lograr infatigable
de Minerva la espléndida corona,
ya no la precio: amor, amor tan solo
suspiro sin cesar, y congojado
mi corazón se oprime... ¡Cruel estado
de un corazón ardiente sin amores!

¡Ay! ni mi lira fiel que en otros días
mitigaba el rigor de mis dolores
me puede consolar. En otro tiempo
yo con ágiles dedos la pulsaba,
y dulzura y placer en mí sentía,
y dulzura y placer ella sonaba.
En pesares y tedio sumergido
hoy la recorro en vano,
y solo vuelve a mi anhelar insano:
Voz de dolor y canto de gemido.

LA LÁGRIMA DE PIEDAD

(Letrilla)

¡Cómo exalta y diviniza
el rostro de la hermosura
la expresión celeste y pura
de la sensibilidad!

¡Cuán estático, mi amiga,
tu semblante contemplaba,
cuando en tus ojos temblaba
la lágrima de piedad!

Grata es la luz apacible
que occidente nos envía
cuando al espirante día
sepulta la eternidad.

Del crepúsculo es la hora
grata al alma pensativa;
pero muy más la cautiva
la lágrima de piedad.

Ved a la virgen amable
cuanto más bella se ostenta
si al pobre anciano alimenta
con modesta caridad.

¡Y lo niega ruborosa!
¿Es un ángel, o una bella?...
¡Ved!... En sus ojos centella
la lágrima de piedad.

El delicioso rocío
que vierte nocturno cielo
llanto es, y el árido suelo
torna fresca y beldad.

Cuajado sobre las flores
¡Cómo en la luz resplandece!
Pero a su brillo oscurece
la lágrima de piedad.

¡Cuánto es horrible la vida
al que ama desesperado!
¡Cómo del objeto amado
le atormenta la beldad!

¡Una lágrima!... Bendigo
todo el rigor de mi suerte.
¿Es el amor quien la vierte
o es lágrima de piedad?

¡Oh! mi bien, ¡ay!.. no te ofenda
el escuchar que te adoro:
nos divide, no lo ignoro;
tirana desigualdad.

Nada exijo... ¿Por ventura
deberás negar impía
a la triste pasión mía
lágrimas ¡ay! de piedad?

LOS SEPULCROS

(Dedicado a Don Manuel Robuelo)

De lánguidos cipreses a la sombra,
y en urnas que el amor baña con llanto,
¿es más plácido el sueño de las tumbas?
Cuando el sol a mis ojos extinguidos
no resplandezca ya, ni a mis oídos
llegue la dulce voz de la armonía,
ni el tierno amor mi corazón inflame,
ni el halagüeño porvenir me ría,
¿podrá darme consuelo yerta losa,
que distinga mis huesos de otros tantos
que en la tierra y el mar siembra la muerte?
No, querido Manuel; aun la esperanza,
diosa final, de los sepulcros huye:
el pavoroso indiferente olvido
lo envuelve todo en su profunda noche;
y el hombre, los sepulcros y ruinas
de tierra y cielo, en insondable abismo
sepulta el tiempo con helada mano.

Mas ¿para qué los míseros mortales,
al tiempo anticipándose, destruyen
la piadosa ilusión que en los umbrales
de la huesa fatal detiene al muerto?
¿Aún no vive en la tumba, cuando puede
tras sí dejar recuerdos cariñosos
o de útil gloria noble monumento?

Esta de afectos comunión divina
es un celeste don a los humanos:
por ella con los muertos aún vivimos
y con nosotros ellos. Sus reliquias
de la inclemencia y del profano vulgo
defiende la piedad. El caro nombre
conserva el mármol o la piedra humilde,
y árboles odíferos, floridos
con blanda sombra las cenizas bañan.

Solo quien al amor negó su pecho
se concentra en la tumba. Su alma triste
se precipita al tormentoso Averno,
o bien se acoge a las inmensas alas
de la clemencia celestial. Su polvo
cubren los cardos y ominosa ortiga;
que sobre las reliquias de los muertos
jamás brotaron apacibles flores,
si no las riega del afecto el llanto.

Do quier que sociedad juntó a los hombres,
contra los elementos y las fieras
guardaron los cadáveres. Las tumbas
garantizaban los remotos pastos,
eran aras también, y fue temido
sobre el paterno polvo el juramento.
Los cedros, los cipreses y los sauces,
llenando el aire con efluvios puros,
sombra perenne y plácida tendían
sobre las urnas. Los amigos fieles
una centella al sol arrebatában
para alumbrar la subterránea noche
que en sepulcrales bóvedas reinaba,
porque siempre los ojos moribundos
buscan al sol, y el último suspiro
a la nublada luz todos exhalan
De agua lustral murmuradoras fuentes
violetas y amarantos producían;

y los hijos, las madres, las esposas,
al obsequiar las adoradas tumbas
con láctea libación, en la fragancia
elíseo aroma respirar creían.

Las urnas de los sabios y los fuertes
patriótico valor, virtud respiran.
De Maratón las coronadas tumbas
los magnánimos pechos inflamaron
a los Héroe de Grecia, y la semilla
de un bosque de laureles germinaron.
Al contemplar de Washington divino
el modesto sepulcro, nos llenamos
de amor de patria y libertad, y osamos
luchar con los tiranos y el destino.

EN EL TEOCALI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
los Arteras valientes. En su seno
en una estrecha zona concentrados
con asombro se ven todos los climas,
que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
cubren a par de las doradas mieses
las cañas deliciosas. El naranjo
y la piña y el plátano sonante,
hijos del suelo equinoccial, se mezclan
a la frondosa vid, al pino agreste,
y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
de Iztaccihual purísimo, Orizaba
y Popocatepec; sin que el invierno
toque jamás con destructora mano
los campos fertilísimos, do ledo
los mira el indio en púrpura ligera
y oro teñirse, reflejando el brillo
del sol en occidente, que sereno
en hielo eterno y perenal verdura
a torrentes vertió su luz dorada,
y vio a naturaleza conmovida
con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
las alas en silencio ya plegaba,

y entre la yerba y árboles dormía,
mientras el ancho sol su disco hundía
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna
cual disuelta en mar de oro, semejaba
temblar en torno de él: un arco inmenso
que del Empíreo en el Zenit finaba,
como espléndido pórtico del cielo,
de luz vestido y centellante gloria,
de sus últimos rayos recibía
los colores riquísimos. Su brillo
desfalleciendo fue: la blanca luna
y de Venus la estrella solitaria
en el desierto cielo se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
que la alma noche o el brillante día,
¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
cholulteca pirámide. Tendido
el llano inmenso que ante mí yacía,
los ojos a espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
que en estos bellos campos reinaalzada
la bárbara opresión, y que esta tierra
brota mieses tan ricas, abonada
con sangre de hombres, en que fue inundada
por la superstición y por la guerra?...
Bajó la noche en tanto. De la esfera
el leve azul, oscuro y más oscuro
se fue tornando; la movible sombra
de las nubes serenas, que volaban
por el espacio en alas de la brisa,
era visible en el tendido llano;
Iztaccihual purísimo volvía
del argentado rayo de la luna
el plácido fulgor, y en el oriente,
bien como puntas de oro, centellaban
mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡yo os saludo,
fuentes de luz, que de la noche umbría
ilumináis el velo,
y sois del firmamento poesía!

Al paso que la luna declinaba,
y al ocaso fulgente descendía,
con lentitud la sombra se extendía
del Popocatepec, y semejaba

fantasma colosal. El arco oscuro
a mí llegó, cubriome, y su grandeza
fue mayor y mayor, hasta que al cabo
en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
que velado en vapores transparentes,
sus inmensos contornos dibujaba
de occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo
de las edades rápidas no imprime
alguna huella en tu nevada frente?

Corre el tiempo veloz, arrebatando
años y siglos, como el norte fiero
precipita ante sí la muchedumbre
de las olas del mar. Pueblos y reyes
viste hervir a tus pies, que combatían
cual ora combatimos, y llamaban
eternas sus ciudades, y creían
fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú, eterno serás? Tal vez un día
de tus profundas bases desquiciado
caerás; abrumará tu gran ruina
el yermo Anáhuac; alzaránse en ella
nuevas generaciones, y orgullosos
que fuiste negarán...
Todo perece
por ley universal. Aun este mundo
tan bello y tan brillante que habitamos
es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fue...

En tal contemplación embebecido
sorprendiome el sopor. Un largo sueño
de glorias engolfadas y perdidas
en la profunda noche de los tiempos,
descendió sobre mí. La agreste pompa
de los reyes Arteras desplegóse
a mis ojos atónitos. Veía
entre la muchedumbre silenciosa
de emplumados caudillos levantarse
el déspota salvaje en rico trono,
de oro, perlas y plumas recamado;
y al son de caracoles belicosos

ir lentamente caminando al templo
la vasta procesión, do la aguardaban
sacerdotes horribles, salpicados
con sangre humana rostros y vestidos.

Con profundo estupor el pueblo esclavo
las bajas frentes en el polvo hundía,
y ni mirar a su señor osaba,
de cuyos ojos férvidos brotaba
la saña del poder.

Tales ya fueron
tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo;
su vil superstición y tiranía
en el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora
hiriendo a par al déspota y esclavo,
escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
tu insensatez oculta y tus furores
a la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
vio a la superstición más inhumana
en ella entronizarse. Oyó los gritos
de agonizantes víctimas, en tanto
que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
les arrancaba el corazón sangriento;
miró el vapor espeso de la sangre
subir caliente al ofendido cielo,
y tender en el sol fúnebre velo
y escuchó los horrendos alaridos
con que los sacerdotes sufocaban
el grito del dolor.

Muda y desierta
ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
que semanas de siglos yazgas yerma,
y la superstición a quien serviste
en el abismo del infierno duerma!

A nuestros nietos últimos, empero,
sé lección saludable; y hoy al hombre
que ciego en su saber fútil y vano
al cielo, cual Titán, trueno orgulloso,
sé ejemplo ignominioso
de la demencia y del furor humano.

LA INMORTALIDAD

Non omnis moriar.
–Horacio.

¡Oh Dios!, cuya inefable providencia
abarca la creación y la dirige,
y cuyo ardiente espíritu la inflama,
y extiende aún más allá su noble imperio;
tú, de la eternidad Señor agosto,
¡oye mi humilde voz! Llame mi canto
la celestial inspiración, y pueda
con enérgico tono irresistible
revelar a los hombres el tesoro
de su inmortalidad. Glorioso tema
de infinita importancia, y muy más grato
al que te ama mejor y más te adora.

Naturaleza, tu hija misteriosa,
de ti, inmutable, mutación eterna
recibiera por don y al hombre instruye
con oráculo mudo y elocuente.
Ella en revolución perpetua gira:
todo cambia sin fin, nada perece.
Sigue la noche al refulgente día,
y a noche oscura nuevo sol: los astros
salen, se ponen y a mostrarse vuelven,
y la tierra también a ejemplo suyo
aspecto muda y formas. El verano
de verdura brillante revestido
y coronado con risueñas flores,
cede al otoño pálido. El invierno
sigue después de hielos erizado
al dulce otoño, y a sus áureos frutos
hace desaparecer, y reina impío,
hasta que la florida primavera,
con aliento genial y delicioso,
templa sus iras y restaura el mundo.
Cuando vegeta y vive se marchita
para refloreecer, y cual en rueda
que gira con violencia, todo baja
para subir. ¡Emblema fiel del hombre
que se altera, se oculta y no perece!

Naturaleza en círculo constante
por siempre gira; mas el hombre vuela

en línea inmensurable. Su alma sube
trémula, ardiente, cual etérea llama:
la humilde fe y el celo fervoroso
sus alas son para subir al cielo.
El mundo material en varias formas
muere y revive, y en perenne giro
lo tienen y tendrán la vida y muerte;
pues ni siquiera un átomo invisible,
que una vez existió, vuelve a la nada,
imprevisión mostrando en el Eterno
si la materia es inmortal, ¿acaso
la esencia inmaterial, el alma pura,
el pensamiento, la razón podrían
en el inerte polvo aniquilarse?
¿Podiera la sustancia más impura
a la más noble preferir? ¿Y el hombre
para quien todo muere y resucita,
será el único ser que para siempre
se abisme en el sepulcro tenebroso?
¿Será él solo sembrado en suelo estéril,
menos feliz que el grano y la semilla
por Dios a su alimento destinados?
El solo y noble ser a quien el cielo
atribuyó la facultad sublime
de amar la vida y de temer la muerte,
¿a irrevocable fin fue destinado
por severo capricho de la suerte?

Si de natura el orden perdurable
favorece mi tema, en voz más alta
su gradación universal depone.
Mirad los grados de su inmensa escala
en que un ser intermedio siempre liga
al superior y al inferior. Inerte
la materia tal vez, dormida aguarda
celeste aliento que la inspire vida.
El vegetal combina misterioso
la muerte y la existencia: luego un bruto
existe y siente, y otro más felice
un leve rayo a la razón usurpa,
que con pleno fulgor brilla en el hombre.
Pero ¿cómo se alarga la cadena
hasta los reinos de incorpórea vida,
que excluyen el dominio de la muerte?
Su postrero eslabón es el humano
que une al visible el invisible mundo,

medio mortal, medio inmortal, etéreo
por la razón, terrestre en los sentidos,
las bestias a los ángeles enlaza.
Así natura por do quier publica
De la inmortalidad el dogma santo;
¿y el incrédulo sordo a sus clamores,
osa aun desmentir su testimonio
por no violar su alianza con la muerte,
y a la razón frenético renuncia,
por no apartarse de su polvo amado,
y no exponerse a conquistar el cielo?
¡Mísera ceguedad! ¡Atroz insulto
a la sublime dignidad del hombre!
Pero el sabio feliz, iluminado
por la luz de la fe con noble tono,
ajeno de temor dice a la muerte:

«Cúmplase en mí la voluntad divina,
disuélvase la tierra, y desquiciados
de sus lejanas órbitas descendan
los astros graves y la tornen polvo.
En su inmortalidad mi alma segura
saldrá gloriosa del futuro caos.
Sobre la inmensa universal ruina
se asentará como en soberbio trono,
predominando, cual etérea llama
la pira funeral del universo.»

Recorramos la tierra, y con asombro
hallaremos espléndidos prodigios,
que casi eclipsan la beldad del cielo.
Campos inmensos, que do quiera cubren
opimos frutos, deliciosas flores;
mares hendidos por soberbias naos,
do el hombre truena, o generoso vierte
goces, riqueza, en apartados climas.
El fuego, el mar, los vientos y planetas,
cual instrumentos dóciles le sirven,
por su profundo genio soyungados.
Aun las eternas, inflexibles rocas
ceden a su poder: allana montes,
los precipicios calma, y por do quiera
mil ciudades magníficas erige,
aun en medio del mar, que en vasto espejo
su noble pompa y esplendor retrata.
Soberbios templos alcance a las nubes

con misteriosa majestad: los ríos
corren suspensos por el aire vano
en mares se convierten las llanuras,
o canales profundos atraviesan
de mar a mar, y las remotas aguas
se confunden atónitas. El hombre
desentraña la tierra tenebrosa
o mide audaz el ámbito del cielo,
y nuevos elementos, nuevos astros
feliz descubre; la creación ensancha,
y cede a su poder naturaleza.
¡Espléndido, glorioso monumento
del humano saber! ¡Cuadro sublime,
en que inmortalidad sentó su sello!
¿Pudiera el barro impuro, deleznable,
elevarse a tan altas concepciones,
o desplegar tan generoso vuelo?

Mas si los argumentos de natura
apareciesen frívolos y vanos,
aún se hallarán más fuertes en el hombre.
¡Ay! Si este duerme y cierra los oídos
a la enérgica voz del universo,
¿Puede cerrarlos al eterno grito
de su agitado corazón? El necio
que la inmortalidad combate insano,
su sentencia fatal lleva consigo,
como nuevo, infeliz Belerofonte.
Quien examine cauto el propio seno
en él encontrará pruebas sensibles
de vida eterna; o la falaz natura
despiadada burlándose del hombre,
con la misma verdad quiso engañarle.

Descontento, inquietud, vago deseo
turban por siempre el corazón humano,
y de él destierran el sereno gozo.
El rey bajo los áureos artesones,
y el vil pastor en su cabaña humilde
distintos en la suerte, en pena iguales,
ansían, anhelan, y a la par suspiran
¿Será tal vez porque el visible mundo
satisfacer no puede con sus dones?
Mirad esos rebaños inocentes
pastar la yerba, que mojó la lluvia,
con un placer purísimo, perfecto,

y ved si anhelan más. ¿Por qué motivo
se niega a su señor igual contento?
Porque el centro glorioso de las almas
no está en la tierra; y el sediento humano,
por frívolos objetos seducido,
cuanto disfruta más, más apetece.
¿Menos benigna al hombre que a los brutos
fue natura tal vez? No: de las almas
el alimento más precioso y puro,
en el empíreo su celeste patria,
el Criador supremo les reserva.
Por él suspiran con feliz instinto:
bajo el dolor se oculta su grandeza,
y el perdurable afán que los agita
es de inmortalidad segura prenda.

Es progresiva la razón del hombre;
mas el instinto nace con el bruto
en plena perfección, y aunque viviera
un siglo y otro siglo, no saldría
del círculo seguro que lo estrecha.
Mas si el hombre del sol contemporáneo
hubiera sido, su ánimo insaciable
aun que aprender y meditar tuviera.

¿Por qué, naturaleza, con el hombre
tan dura fuiste ya? ¿Por qué incompleta
salió la mejor obra de tus manos,
cuando las otras, menos importantes,
con asombrosa perfección puliste?
O si al hombre imperfecto destinabas
a prematuro fin, sin permitirle
que fijase la esfera de su genio,
¿por qué dar a su pecho acongojado
el terror ponzoñoso de la muerte?

¿Por qué le diste previsión infausta
del futuro dolor? ¿Por qué le hiciste
víctima de su ciencia lastimosa,
y más que en rango, superior en penas?
¡Ah! La inmortalidad tan solo puede
revelar el enigma inexplicable,
y compensar sus males y dolores.

Sí; la inmortalidad tan solo puede
resolver el enigma tenebroso

de la esperanza humana; el más oscuro
si al espirar morimos para siempre
la esperanza frenética y ansiosa,
de nuestro gozo rápido asesina,
todo presente bien huella y devora,
¿por qué la posesión ya conseguida
es siempre menos pura, y deliciosa
que la pintaba en sueños el deseo,
y a férvido anhelar el tedio sigue?
Porque a distancia inmensa de nosotros
oculta la región de lo futuro
el único, inmortal, sublime objeto
digno del hombre, y su Hacedor augusto
allá dirige nuestro ardiente anhelo.

Es otro enigma la virtud. Mil veces
la huella fiero el insolente crimen;
y si todo se acaba en el sepulcro,
si no hay reparación en otra vida,
¿cuán necios son sus mártires! En vano
la formidable voz de la conciencia
manda que la sigamos. ¿Pudo el cielo
inculcar la virtud a sus criaturas,
si es decepción? ¿O la justicia eterna
quiso burlarse del humano triste,
haciéndole adorar vana fantasma?
No: la conciencia, y la razón nos mienten
o el alma es inmortal, y en otro mundo
glorioso galardón, terrible pena
a la virtud y al crimen se prepara.

Cuando en sueño balsámico adormida
yace la tierra, y solo me acompañan
en ardiente vigilia centellando
las estrellas sin fin, que en torno adoran
de media noche el silencioso trono,
yo en soledad augusta me consagro
a conversar con los ilustres muertos
¿cuántos modelos de virtud sublime
y de patrio valor! ¿De cuántos genios
en las gloriosas páginas alienta
espíritu inmortal! Y ¿tales almas,
de la divinidad emanaciones,
dejaron de existir? ¿Tan solo fueron
como fugaz fulgente metéoro,
que arde y luce un momento, y se disipa

en el nocturno espacio tenebroso?

Cuando seguimos al sepulcro triste

los restos de mortales afamados
por su ciencia o virtud, por cuanto estima
y alaba al hombre, ¿imaginar podemos
que no existen sus almas generosas,
o que en inmunda corrupción terminen?

La ciencia, la virtud son nombres sacros
que respeta y aplaude y diviniza
universal instinto generoso.
Mas ¡ay! si los espíritus perecen,
solo son dignos de piedad. El sabio
solo aviva sus ojos penetrantes
para ver más miserias y delitos;
y la noble virtud, timbre glorioso
que une la tierra con el cielo puro
es dañosa ilusión, delirio vano...

¿Engañará la voz del universo?
Mientras más penetramos en el hombre,
se ve más clara la impresión profunda
de un sello universal augusto, eterno.
En el fondo del alma firme base
de todo lo demás, siempre notamos
de saber y de amar instinto puro,
afectos esenciales al humano,
como luz y calor al sol divino.
¿Y de qué sirven si las almas mueren?

Con mil y mil afanes alcanzamos
imperfecto saber, y las más veces
responde a nuestro amor desdén helado
o pérfida traición. ¿Por qué natura
tan angélicos, puros apetitos
satisfacer nos veda plenamente
y a los brutos benigna satisface?
¿Es el hombre mejor más infelice?

No: de saber y amar en el humano
la ilimitada facultad y anhelo,
nos demuestran objetos infinitos,
del Criador la inefable providencia,
por ley universal de la natura,

proporciona el objeto al apetito
y al poder de gozar. ¿Y el hombre solo
será triste excepción de ley tan sabia?
Si no le aguarda eternidad futura
si aqueste asilo burla su esperanza,
el hombre es monstruo, del Criador afrenta,
ominoso lunar, fúnebre nube
de la natura en el brillante aspecto.
Quien la inmortalidad niega del alma,
al mismo Dios frenético blasfema.

Aun las pasiones que al humano débil
con su furor funesto descarrían
de la santa virtud, y en su tumulto
a la razón y a la verdad acallan,
de su inmortalidad son testimonio
recorrámoslas pues, y comencemos
por la ambición, a la que siempre agita

fogoso anhelo de brillante fama.
¡Pero con cuánto afán lo disimula!
Si mira sus designios revelados,
aunque al más noble objeto se dirijan,
repentino rubor cubre su frente,
porque su dueño es inmortal. La sangre
subiendo así con misterioso instinto,
reprende al hombre que insensato busca
fugaz reputación, fútil elogio
en este vano y transitorio mundo,
y olvida ciego su inmortal destino.

La insaciabilidad del ambicioso
no es menos elocuente. Si de fama
la inextinguible sed su alma devora,
la admiración de un siglo menosprecia,
y ansia que los aplausos de su gloria,
por mil generaciones repetidos,
al porvenir lejano se difundan,
eternizar ansiamos nuestro nombre:
vano delirio que jamás turbara
del hombre el corazón, si el alma suya
también no fuese indestructible, eterna
así el instinto previsor anuncia
un futuro interés; mas el humano
embrutecido su clamor desoye,
o vana sombra por sustancia sigue.

De la inmortalidad sombra es la fama,
y sombra es en sí misma. Preguntadlo
al ambicioso y os dirá que siempre
a su estéril afán huye impalpable.

«¿Es todo aquesto?» Preguntaba César,
del poder en la cumbre fastidiado,
viendo a sus pies el universo y Roma.
Así con vano ardor el ambicioso
la tierra inunda en lágrimas y sangre,
y le avergüenza al fin su misma gloria;
porque gloria más alta y perdurable
ser el objeto espléndido, sublime
de su inmortal espíritu debiera.

Mas aunque mil peligros y pesares
pérfida la ambición prodigue al hombre,
nadie del corazón puede arrancarla
do firme la plantó naturaleza.
Absurdo fuera el célebre consejo
que a Pirro dio el filósofo, pues antes
domar pudiera su valor el mundo,
que la grave razón su alma fogosa.
Una constante actividad interna,
un elástico impulso al hombre agita
por distinción en tronos y cabañas;
porque el señor y el siervo son iguales
en inmortalidad y el alma eterna
siempre ambiciona el oropel o el oro,
la estimación mortal o la del cielo.

El insaciable afán del triste avaro
ofrece igual irresistible prueba,
cuando con privaciones prolongadas,
sin escuchar de la razón el eco,
aun en el borde mismo del sepulcro
guarda tesoros con errado instinto,
buscando eternidad sobre la tierra.

Mas la sensualidad embrutecida
aunque se burla de futuros goces,
y audaz promete al hombre fascinado
convertir en Edén aqueste mundo,
prueba no menos mi glorioso tema.
¿Por qué nuestro deleite máspreciado,

el goce del amor, que tan fogoso
turba, embelesa, exalta los sentidos,
siempre va del rubor acompañado,
busca la grata sombra del misterio
y con el manto del pudor se cubre?
Este rubor, inspiración del cielo,
nos anuncia que el hombre se degrada
aun en el colmo de terrestre dicha;
y aun que dormida la razón callase,
aqueste solo instinto generoso
nuestra inmortalidad revelaría.

Sí: la inmortalidad explica sola
del hombre los misterios, y sin ella
con sus instintos pavoroso enigma
y sus virtudes miserable sueño.
Aun sus propios horrores y delitos
prueban su dignidad. Su sed eterna
de oro, deleites y brillante fama,
dice que para objetos infinitos
fue destinado. Sus pasiones fieras,
para las cuales el visible mundo
es estrecho teatro, le presagian
existencia mejor, vuelo más noble,
y acreditan sus títulos al cielo.

¡Detén aquí tu canto laborioso,
musa de la verdad! La antorcha pura
de la razón, que tus humildes pasos
ha dirigido, penetrar no puede
el velo de tiniebla misterioso
que el invisible mundo nos oculta,
ni enseñarte sus gozos y dolores.
No al celestial espíritu debiste
inspiración profética. La muerte,
de lodo impuro desatando el alma
muy más allá del sol y las estrellas
la hará subir sobre las ígneas alas
de su inmortalidad, y el grande arcano
revelará de su futura suerte.

A LA INMORTALIDAD

(Soneto)

Cuando en el éter fulgido y sereno
arden los astros por la noche umbría,
el pecho de feliz melancolía
y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así pararán cuando en el seno
duerma yo inmóvil de la tumba fría!...
Entre el orgullo y la flaqueza mía
con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? Irrevocable suerte
también los astros a morir destina
y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y a la muerte
mi alma, verá del mundo la ruina
a la futura eternidad ligada.

LA CONTEMPLACIÓN

(Oda seria)

¡Cuán inmenso te tiendes y brillante,
firmamento sin límites! Do quiera
en el puro horizonte iluminado
por la argentada lumbre de la luna,
te asientas en el mar. Las mansas olas
del viento de la tierra al blando soplo
levemente agitadas, en mil formas
vuelven la luz serena que despide
la bóveda esplendente, y el silencio
y la quietud que reina en el profundo
llevan el alma a meditar. ¡Oh cielo,
fuente de luz, eternidad y gloria!
¡Cuántas altas verdades he aprendido
al fulgor de tus lámparas eternas!
De mi niñez en los ardientes días
mi padre venerable me contaba
que Dios, presente por do quier, miraba
del hombre las acciones, y en la noche
el cielo de los trópicos brillante
contemplando con éxtasis, creía
que tantas y tan fulgidas estrellas

eran los ojos vivos, inmortales
de la Divinidad.

Cuando la vista
a la región etérea levantamos,
atónitos en ella contemplamos
del Hacedor sublime la grandeza.
En el fondo del alma pensativa
se abre un abismo indefinible: el pecho
con suspirar involuntario invoca
una felicidad desconocida,
un objeto lejano y misterioso,
que del mundo visible en los confines
no sabe designar. La fantasía
al recorrer la multitud brillante
de soles y sistemas enclavados
en su gloriosa eternidad, se humilla
ante el Criador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan
esta celeste fábrica, y los astros
en el óptico giro precipitan,
no desdeñan del hombre la miseria,
y con profundo universal acento
le dictan su deber. En todo clima,
del polo al ecuador, su voz augusta
beneficencia y paz impone al hombre,
que de pasiones fieras agitado
turba con su furor el triste globo,
y a error, venganza y ambición erige
sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,
que en los humanos pechos colocaste
la semilla del bien; la mente mía
de la sana virtud por el sendero
dígnate dirigir: abre mi oído
al grito del dolor; haz que mi seno
de la tierna piedad, guarde la fuente,
y a la opresión, al crimen insolente,
pueda arrostrar con ánimo sereno.

A LA RELIGIÓN

(Oda)

Sobrado tiempo con dorada lira
canté de juventud las ilusiones,
y en ligeras y fútiles canciones
los afectos vertí que amor inspira.
Hoy, santa religión, quiero cantarte,
y con piadoso anhelo
mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
con tu solemne inspiración solías
animar el acento de Isaías,
o del profeta rey el noble tono,
oye mi voz humilde que te implora;
mi tibio pecho inspira,
y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
brilla sin nubes el nocturno cielo,
quisiera suspirando alzar el vuelo,
y a su perenne bien juntar mi vida.
Este secreto instinto me revela
en soledad y calma
que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
vela el Criador su ceño majestuoso,
y circundan su trono misterioso
la eternidad pasada y la futura.

Compadece del hombre la miseria,
y su acento profundo
por la revelación instruye al mundo.
¡Augusta religión! De luz cercada
bajas al mundo, que el error oprime,
mostrando el cielo en ademán sublime,
y con la santa cruz tu diestra armada.
Cubre tus ojos venda misteriosa,
y majestuosamente
brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
tú nos anuncias el primer pecado,
el hombre por su mal degenerado,
y la inefable redención futura.

Viene al mundo Jesús, de los humanos
(¡venturoso destino!)
reparador y Redentor divino.
Su pura, simple y celestial doctrina
la feroz impiedad tachar no puede:
la voz de los profetas le precede,
y el universo atónito se inclina.
Enfrénase a su voz el mar airado,
y a su mandato fuerte
su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
y de su inmenso amor víctima santa,
entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre Dios gime y espira
núblase el sol y yerta se estremece
la tierra oscurecida,
en sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado
triunfa Jesús, y con glorioso vuelo
sube después al esplendente cielo,
vencedor de la muerte y el pecado.
¡Milagros inefables! Confundido
¡oh Cristo! yo te adoro,
te confieso mi Dios, gimo y te imploro.

Mas la persecución fiera fulmina
del infierno frenético lanzada,
y con su pura sangre derramada
sellan mártires mil su fe divina.
Triunfas ¡oh religión! y al vasto mundo
sojuzgas con presteza
nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
al borde tiembla del sepulcro helado,
y a la luz de tu antorcha contemplado
la mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo ve cerrada
por la muerte severa,
y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza;
al terminar su vida borrascosa,
enciendes en la tumba misteriosa

luz de inmortalidad y de esperanza;
y su afligido corazón llenando
de inefable consuelo,
le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío
de hierro asolador el brazo armado
teñirlo en sangre, y de terror cercado
en crímenes fundar su poderío;
y despreciando audaz a tierra y cielo
con sonrisa ominosa,
vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo a la virtud, gobierna
la tierra alguna vez el crimen fiero;
mas es breve su imperio y pasajero
la justicia de Dios vigila eterna,
de la virtud y la maldad existe
un inmortal testigo
hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! Celestial consuelo
que al hombre justo en el dolor sustenta
al sucumbir a la opresión sangrienta
eterno galardón busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
con Dios y su conciencia,
opone al crimen firme resistencia.

Triunfas ¡oh religión! De tu victoria
irritados los genios infernales,
preparan las serpientes y puñales,
para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya; retiembla el suelo
y del orco agitado
lánzase al mundo el fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
brama, blande el puñal con faz umbría,
y el humo negro de la hoguera impía,
la pura luz obscureció del cielo.
Víctima, suya el hombre te maldice,
y con grito blasfemo
feroz insulta al Hacedor supremo.
¡Bárbara inquisición! Cueva de horrores,
descubre al universo tus arcanos,

y de tus sacerdotes inhumanos
los crímenes revela y los furores.
¡Cuántas víctimas, ¡ay! atormentadas
en tu infernal abismo
apelaban a Dios del fanatismo!

¡Divina religión! Tú que veías
el insolente monstruo dominando,
y en tu nombre la tierra devorando,
en el seno de Dios tierra gemías.
Él te escuchó. Retumbará la esfera
con su decreto eterno,
y el fanatismo volverá al infierno.
Cobrarás la pureza de tu cuna,
como después del huracán violento
en el atormentado firmamento
con más cándida faz brilla la luna;
y el mundo te verá desengañado
dictar con dulce tono
leyes de paz y de amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
del odio y la fanática venganza,
se abrirá el corazón a la esperanza,
y adorará tu celestial imperio,
que ha de sobrevivir cuando se aduerma
el tiempo fatigado
en escombros del mundo aniquilado.

CONTRA LOS IMPÍOS

(Oda)

Si Dios no existe, o si de mí se olvida,
y tan solo al azar debo la vida
para pasar el mundo,
cual nube tempestuosa el Océano
a merced de los vientos,
bien podéis disolveros, elementos
que en mí formasteis con acuerdo vano
turbado pulso y visionaria mente.
Vuestra beldad perezca, dulces flores
Emblemas ¡ay! de mi funesta suerte:
vuestras lámparas bellas

en el cielo apagad, puras estrellas,
si habéis de iluminar mi eterno muerte.
Virtud, de los tiranos enemiga,
y del hombre de bien sublime amiga,
eres vana ilusión, y yo te abjuro,
si al alma que tú elevas,
y al bien y gloria llevas,
se hunde y perece en el sepulcro oscuro.
¡Doctrina pavorosa!

¿Para lograr tan triste resultado
analizó la ciencia laboriosa
la tierra y mar, y audaz se ha levantado
hasta el etéreo cielo,
que ha recorrido con triunfante vuelo,
para traernos en horrible fallo
la desesperación? ¡Sofistas duros,
jamás amasteis!... Vuestra sien corona
con seca rama el árbol de la muerte.
El sanguinoso lauro que insolente
la torpe adulación ciñe al tirano,
no es tan injusto y vil como el que insano
del incrédulo audaz orna la frente.

¡Oh mundo misterioso
que no ilumina el sol, ni el tiempo mide!
La fe sobre tu abismo pavoroso
divina luz despide;
y en sus alas ardientes conducida
el alma del cristiano
al salir de la tierra lagrimosa,
al seno del Criador vuela dichosa.

Así el fiero cometa,
del empíreo gigante
precipita su carro de diamante
de planeta en planeta,
y atrevido se lanza
donde ni el pensamiento ya le alcanza.

Mas en algún lugar su curso espira;
y con mayor violencia
al sol de que partió volviendo gira.

FRAGMENTOS IMPRESOS I

(De un poema sobre la melancolía)

No es dado al hombre de su débil frente
las penas alejar y los dolores,
ni por campos de mirtos y de flores,
dirigir el torrente de la vida.

De las pasiones el aliento ardiente
le enajena tal vez, y breves horas
en ilusiones férvidas perdido,
osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido
la fiebre del amor, ni qué alma helada
no probó la dulzura emponzoñada
que en el beso fatal vierte Cupido?
Yo adoré la beldad: cual sol de vida
lució a mis ojos y bebí encendido
el cáliz del amor hasta las heces.

Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,
en todos sus placeres y deseos
al extremo voló: tibias pasiones
nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto
siguió a los goces y delirio mío
la saciedad, el tedio devorante,
como sigue de otoño al sol brillante
el del invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuidado:
agitarse y sufrir, después que siente
el vigor de su pecho quebrantado
por su excesivo ardor, que al fin agota
del sentimiento la preciosa fuente.
¿Que hará el triste? Las flores de la vida
al soplo abrasador de las pasiones
marchitas sentirá. Do quier que mire
será el mundo a sus ojos un desierto,
y el misterioso abismo de la tumba
será de su esperanza único puerto.
Así el piloto en tempestuosa noche
solo distingue entre su denso velo
el mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil melancolía,
serás bálsamo dulce que suavice

su árido corazón y le consuele,
mas que el plácido llanto de la noche
a la agostada flor. Yo tus placeres
voy a cantar, y tu favor imploro.
Ven, tonos blandos a mi voz inspira;
enciéndala tu aliento, y de mi lira
templa con languidez las cuerdas de oro.

¿Quién en adversa o próspera fortuna
no se abandona al vago pensamiento
cuando suspira de la tierra el viento
y de Cuba en el mar duerme la luna?
¿Quién no ha sentido entonces dilatarse
su corazón, y con placer llevarse
a mil cavilaciones deliciosas
de ventura y amor? ¡Con qué deleite
en los campos bañados por la luna
siguen nuestras miradas pensativas
la sombra de las nubes fugitivas
en Océano de luz puro y sereno!
¡Qué encanto hay en la calma de esta noche,
del hondo mar en la distante furia,
que halaga al corazón! Melancolía,
tú respiras allí: tu faz amable,
velada entre vapores trasparentes,
sonríe con ternura al que en tu seno
busca la paz, y al que de penas lleno
se acoge a ti, con mano compasiva
del rostro enjugas el sudor y el llanto.

Mas la disipación furiosa en tanto
en sus bailes y juegos y festines,
hace beber de tedio triste copa
a los que, por su halago seducidos,
buscan entre sus pérfidas caricias
gozo y felicidad. Mustios, vendidos,
maldecirán al sol, y a sueño ansioso
la frente atormentada reclinando,
la suerte trocarán del bello día.
Ansia falaz, funesta, ¡cómo impía
me desataste el corazón! ¡Oh tiempo
de ceguedad y de furor!... Insano,
en tormento sin fin buscaba dicha,
paz en eterna turbación... Empero
a mis ojos el sol brilla más puro,
desde que ya, más cuerdo, no alimento

de mi sangre el ardor calenturiento,
soñando gozos y placer futuro.
De la grata ilusión perdí el encanto,
pero hallé de la paz el bien seguro.

(Falta lo demás de este primer fragmento.)

II

Dulce es la soledad, en que en su trono
asienta la feliz melancolía.
Desde la infancia venturosa mía
era mi amor. Aislado, pensativo,
gustábame vagar en la ribera
del ancho mar. Si los airados vientos
su seno hinchaban en tormenta fiera,
mil pensamientos vagos, tumultuosos,
me agitaban también, pero tenía
deleite inexplicable, indefinido,
aquella confusión. Cuando la calina
reinaba en torno, y el espejo inmenso
del sol en occidente reflejaba
la noble imagen en columna de oro,
yo en éxtasis feliz la contemplaba,
y eran mis escondidos pensamientos
dulces, como el silencio de los campos
de la luna en la luz. Y los pedantes,
azotes de la infancia, que querían
subyugar mi razón a sus delirios,
fieros amenazándome decían:
«Este niño holgazán y vagamundo
siempre necio ha de ser.» Y yo temblaba,
mas no los maldecía,
sino de ellos huía,
y en mi apacible soledad lloraba.

(Falta el resto.)

III

¡Oh! si Dios de mis males apiadado
las alas de un espíritu me diera!
¡Cuál por los campos del espacio huyera
de este mundo tan bello y desdichado!

¡Oh! si en él a lo menos me ofreciera
una mujer sensible, que pudiera
fijar mi corazón con sentimientos
menos vivos tal vez, menos violentos
que las que enciende amor, pero más dulces
y duraderos. En su ingenua frente
el candor y la paz me sonreirían:
de este exceso de vida que me agobia
me aliviara su amor. Su voz piadosa
de aqueste pecho en la profunda herida
bálsamo de consuelo derramara.
Y su trémulo acento disipara
las tinieblas de mi alma entristecida.
Encarnación de mi ideal esposa,
¡cómo te adoraré!... No por más tiempo
me hagas ansiarte y suspirar en vano:
mira que vuela mi verdor lozano.
¡Ay! ¡ven y escucha mi rogar piadosa!

(Falta el resto.)

IV

¿Qué placer melancólico no goza,
al ver al tiempo con alada planta
los días y años y los siglos graves
precipitar en el abismo oscuro
de lo que fue? Las épocas brillantes
recorro de la historia... ¡Qué furiosos!
¡Cuadro fatal de crímenes y horrores!
Do quier en sangre tññense las manos:
los hombres fascinados o furiosos
ya son juguetes viles de facciosos
ya siervos miserables de tiranos.
Pueblos a pueblos el dominio ceden;
y del orbe sangriento, desolado,
desaparecen, como en mar airado
las olas a las olas se suceden.

De Babilonia, Menfis, y Palmira
entre los mudos restos el viajero
se horroriza de ver su estrago fiero
y con profunda lástima suspira.
¡Campos americanos! en vosotros
lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora

vuestro nombre y desdicha? Circundado
por tenebrosa nube un hemisferio,
ocultábase al otro: mas osado
forzó Colón el borrascoso imperio
del Océano feroz. La frágil nave
por los yermos de un mar desconocido
en silencio volaba: la vil chusma
pálida, yerta, con terror profundo,
a la patria querida
tornaba ya la resonante prora,
cuando a sus ojos refulgente aurora
las playas reveló del nuevo mundo.

¡Hombres feroces! La severa historia
en páginas sangrientas eterniza
de sus atrocidades la memoria.
Al esfuerzo terrible de su espada
cayó el templo del sol, y el trono altivo
de Acamapich... Las infelices sombras
de los reyes Arteras olvidados
a evocar me atreví sobre sus tumbas,
y del polvo a mi voz se levantaron,
y su inmenso dolor me revelaron.
¿Dó fue la raza candorosa y pura
que las Antillas habitó?... La hiere
del vencedor el hierro furibundo,
tiembla, gime, perece,
y, como niebla al sol, desaparece.

Sediento de saber, infatigable,
del Tíber, del Jordán, y del Eurotas
las aguas beberé, y en sus orillas
asentado en escombros solitarios
de quebrantadas míseras naciones,
me daré a meditar; altas lecciones,
altos ejemplos sacaré mi mente
de su desolación: ¡cuánto es sublime
la voz de los sepulcros y ruinas!
Allí tu inspiración pura y solemne,
¡Oh musa del saber! mi voz anime.
Y tú también, genial melancolía,
me seguirás do quiera suspirando,
o en mi lecho tu frente reclinando
harás a mi descanso compañía.

(Falta el resto.)

V

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria
de los que amamos, cuando ya la muerte
a nuestro amor los arranca! La tumba
encierra las inmóviles cenizas;
los ligeros espíritus pasean
en el aire sereno de la noche
en torno de los que aman, y responden
a sus dulces recuerdos y suspiros
en misteriosa comunión. Creedme,
no lo dudéis: por esto son tan dulces
las solitarias lágrimas vertidas
en la tumba del padre, del esposo
o del amante, y el herido pecho
ama su llanto y su valor piadoso.

¡Oh! tú, que para mí fuiste en la tierra
de Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas
desde el momento que cesó tu vida
por mí pasaron, llenas de amargura
y de intenso dolor! Sombra querida
del mejor de los padres, en el cielo
recibe de mi pecho lastimado
la eterna gratitud. Mi dócil mente
con atención profunda recogía
de tu boca elocuente en las palabras
el saber, la verdad: aun de tu frente
en la serena majestad leía
altas lecciones de virtud. Tus pasos,
tus miradas, tu voz, tus pensamientos
eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura
de mi pecho impaciente reprimías
el ardimiento, la fiereza!... El cielo
contra el ciego furor de los malvados
sirviéndote de asilo, me dejara
entre borrascas mil... ¡Ay! a lo menos
iré a morir en tu sepulcro, y junto
a tu polvo sagrado
reclinaré mi pecho atormentado,
y al eco de tres sílabas funestas
aun allí temblará. Mas tu memoria
será, mientras respire, mi consuelo,
y grato y dulce el solitario llanto

que la consagre, más que gozo alguno
del miserable suelo.
¡No me abandones, padre, desde el cielo!

(Falta el resto.)

VI

¡Patria!... Nombre cual triste, delicioso
al peregrino mísero, que vaga
lejos del suelo que nacerte viera!
¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra
refrenará su dolorida frente?
¿Cuándo en la noche el músico ruido
de las palmas y plátanos sonantes
vendrá feliz a regalar mi oído?
¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen
hasta perderse! No, nunca los campos
de Cuba parecieron a mis ojos
de más beldad y gentileza ornados,
que hay a mi congojada fantasía.
¡Recuerdo triste de maldad, y llanto!
Cuando esperaba paz el alma mía,
redobló la fortuna sus rigores,
y de persecución y de furores
pasó tronando el borrascoso día.
Desde entonces mis ojos anhelantes
miran a Cuba, y a su nombre solo
de lágrimas se arrasan. Por la noche
entre el bronco rugir del viento airado
suena el himno infeliz del desterrado.
O si el Océano inmóvil se adormece
de junio y julio en las ardientes calmas,
ansioso busco en la distante brisa
la voz de sus arroyos y sus palmas.

¡Oh! no me condenéis a que aquí gima,
como en huerta de escarchas abrasada
se marchita entre vidrios encerrada
la planta estéril de distinto clima.
Mi entusiasmo feliz yace apagado:
en mis manos ¡oh lira! te rompiste:
¿Cuándo sopla del norte el viento triste,
puede algún corazón no estar helado?
¿Dónde están las brisas de la fresca noche,

de la mágica luna inspiradora
el tibio resplandor, y del naranjo
y del mango suavísimo el aroma?
¿Dónde las nubecillas que flotando
en el azul sereno de la esfera,
islas de paz y gloria semejaban?
Tiende la noche aquí su oscuro velo;
el mundo se adormece inmóvil, mudo,
y el aire punza, y bajo el filo agudo
del hielo afinador centella el ciclo.
Brillante está a los ojos, pero frío,
frío como la muerte. Yo lo admiro,
mas no lo puedo amar, porque me mata,
y por el sol del trópico suspiro.
Vuela, viento del norte, y a los campos
de mi patria querida
lleva mi llanto, y a mi madre tierna
murmura mi dolor.

(Falta el resto.)

VII (y último)

A ti me acojo, fiel melancolía,
alivia mi penar: a ti consagro
el resto de mi vida miserable.
Siempre eres bella, interesante, amable,
ya nos renueves los pasados días,
ya tristemente plácida sonrías
en la pálida frente de una hermosa,
cuando la enfermedad feroz anuble
su edad primaveral. Benigna diosa,
tu bálsamo de paz y de consuelo
vierte en mi alma abatida,
hasta que vaya a descansar al cielo
de este delirio que se llama vida.

(Falta el resto del último fragmento.)

FIN